

PACIFICO PROCESS MAGAZINE





Don Abdon Cifuentes

ARMANDO DONOSO

Con ilustraciones fotográficas

Al hablar de don Abdón Cifuentes, una pa-labra espontánea brota a flor de labios: após-tol. Apóstol por todo lo que hay en su vida de abnegación, de voluntad de sacrificio, de de abnegación, de voluntad de sacrincio, de religioso convencimiento. Su causa ha sido para él una causa única: en la prensa, en la cátedra, en el foro, en los negocios humanos y en la total realización de su existencia. Ha vivido sus dieciséis lustros con los ojos siemtedra, en el foro, en los negocios humanos y en la total realización de su existencia. Ha vivido sus dieciséis lustros con los ojos siempre fijos en el Crucificado y ese su altísimo convencimiento le ha dado una bella unidad a su vida. unidad que no han quebrantado ni los haiços fáciles, ni las claudicaciones frecuentes ni los vanos honores humanos, ni as crudas vorágines dela política. Su vida está orientada en una sola dirección desde sus días de estudiante v a pesar de haberse formado en los bancos de un colegio laico, el Instituto Nacional, la llena una sola idea directriz: su credo religioso. Es conservador porque en el seno de este partido estará más cerca de los periódicos; funda diarios donde quiera que pueda germinar una idea; dilucida las cuestiones más difíciles en el Congreso; habla en las asambleas católicas; se acerca a los jóvenes, protege a los pobres, anima a los dudosos, escuda a los caídos, enseña a los niños, combate a los soberbios y su verba cálida es un allento de fuego cuando impugna a un enemigo como aliento suave si le habla a los arrepentidos. Apóstol porque ha dado su vida entera a la lucha de su causa espiritual poniendo a su servicio todas sus energías, sin desfallecer nunca. ¿Qué ha sido implacable? ¿Qué ha sido el más obstinado de los tesoneros cuando se trató de un abersario también obstinado? Ello es lógico y ello es una virtud en un apóstol; pero no penséis que este apóstol fué de una sola pieza porque no conoció más ideas que sus ideas. Por la inversa, pocas veces como en el caso suyo se puso una cultura más variada y limpla al servicio de un credo: la disciplina de sus cátedras de historia, sus viajes frecuentes, su amor al estudio, su vida errencia humana el sereno olor de la sabiduría. Como el pensador Alejandrino podría derrencia humana el sereno olor de la sabiduría. Como el pensador Alejandrino podría derrencia humana el sereno olor de la sabiduría como el pensador Alejandrino podría derrencia humana el sereno olor de la sabiduría. Como el pensador Alejandrino podría de

gunda existencia".

La vida apostólica de don Abdón Cifuentes ha sido la vida del soldado que siempre luchó bajo la sombra de su bandera: le vieron los días animado siempre, fuerte de entereza moral, lleno con el santo orgullo del que riñe por una buena causa Ni de niño conoció los desilces fáciles que abundan en la juventud, ni conseguir en la conseguir de la conseguir en la con de mozo se entregó a los pertubadores arran-

ques de la vida inquieta que siempre dejan la sombra de más de un arrepentimiento. Nacido en hogar modesto, comprendió con anticipación que cuando se tiene una inteli-gencia clara, una decidida voluntad de acción y una conducta moral recta, todos los triun-fos son fáciles y todas las ambiciones jus-

Actualmente y ya en el ocaso de su vida, retirado de las luchas políticas, sólo vive para su hogar, en medio de la tranquillidad que le brindan los suyos. Bien ganado su reposo después de más de sesenta años de luchas constantes y de esfuerzos no desmen-

Hemos llegado hasta él con el sereno pro-pósito de repasar sus recuerdos: vidas como a suya, espejo de honradez y de laboriosidad,

son un incentivo de energía.

Fuimos a turbar su tranquilidad arran-cándole a la amable compañía de sus libros, para inquirir en la formación de su vida la historia de un carácter y de un apostolado; y hemos encontrado su corazón abierto de par en par ante el empeño impertinente de nues-tra curiosidad.

tra curiosidad.

—¿Qué recuerdos—le hemos preguntado—conserva de sus días de niñez, de sus padres, de su familia y de su pueblo natal?

Al hablar de sus padres la voz franca del anciano es incierta y temblorosa: ¡con cuánta dulzur filial recuerda aquellos buenos y dorados días de antaño.

—Ellos me enseñaron—nos díce—las primeras letras y las primeras nociones del catolicismo y a la nueve o diez años me colocaron en el liceo de San Felipe, único embrión de colegio que existía en la ciudad y a dónde iban no sólo los hijos de las familias acomodadas, sino los hijos de los más pobres obreros, cuyas malas costumbres y hábitos groseros perjud caban no poco a la moralidad del establecimiento. establecimiento.

—; Cuándo y en qué circunstancias se vino a Santiago a estudiar al Instituto Nacional? Cavila un instante don Abdón y luego nos

replica:

—Como entonces no había ferrocarriles, ni
líneas de coches para pasajeros, como las hubo muchos años después, ni había buenos caminos, las comunicaciones de las provincias
con la capital eran tan escasas y difíciles que
recuerdo que en nuestro viaje a Santiago decíamos: Vamos a Chile, Tal era la ignorancia
de nuestra geografía. Hacíamos nuestros viajes a caballo al través de la cuesta de Chacabuco y de los portezuelos de Colina y Pan

de Azúcar. Al norte de este último cerro, que no dista más de 3 leguas de Santiago, había que por eso se llamaca el Algarrocal y por donde atravesaba forzosamente el camino público, tortuoso y lleno de encrucijadas, zanjas profundas y malos pasos. La Cuesta de Chacabuco y el Algarrobal de Colina han quedado célebres en las leyendas populares; porque, como los cerrillos de Teno cerca de Curicó, eran guaridas de salteadores que hacían peligrosisimo el tránsito por esos lugares, por lo cual los viajeros procuraban viajar en capeligrosisimo el tránsito por esos lugares, por lo cual los viajeros procuraban viajar en caravanas y bien apercibidos. Como nuestros padres nos enviaban mozos y cabalgaduras para ir a San Felipe a pasar nuestras vacaciones de verano y del mes de septiembre, tuvimos que hacer esos viajes a caballo más de 30 veces y en algunos de ellos nos vimos en graves riesgos de caer en manos de los bandidos.

De sus primeros años de estudio en el Instituto, ¿conserva recuerdos agradables?
—Estaba nuestra casa a diez cuadras del Instituto y el horario de las clases había co-Instituto y el horario de las clases había colocado la de catecismo a las doce del cla.
Salfamos de las clases matinales a las 11,
corríamos a almozar a nuestra casa y yo
volvía de carrera a clase de catecismo. Resultado: que la digestión se perturbaba diariamente y muy pocas veces alcanzaba a dar
un repaso a la lección, por lo cual el profesor, don Joaquín Larraín Gandarillas, me
castigó muchas veces hasta el punto de mandarme al encierro por lo que se llamaba mi
diojera incorregible, pero que no era sino el
resultado de la hora imprudente de la clase.
— Muchas veces fué enviado a los encierros?

—Muchas, pero me escapé de entrar a ellos. Va a ver usted la razón. Mis hermanos iban con frecuencia por la noche a casa de sus condiscípulos a estudiar algunas de las leccon frecuenta por la la condiscipulos a estudiar algunas de las lecciones en común y entretanto me dejaban a mi encargado al portero del Instituto, que era un empleado antiguo del colegio, el buen Pedro, como le llamábamos. Alto, grueso y de un natural tan honrado y bondadoso que no había quien no lo quisiera. En esas noches en que yo esperaba a mis hermanos (mi canarito me llamaba Pedro porque era muy rubio) Pedro me ocupaba en leerle algunos libros. Le leta: "Los Doce Pares de Francia", "El Bertoldo" y otros librazos que él tenía y que le encantaban, por lo cual me tomó un cariño de abuelo. Y aquí estaba mis desquite de mis torturas del catecismo. Cuando el sefor Larraín llamaba al portero y me mancarino de abueso. I aqui estada mis acquate de mis torturas del catecismo. Cuando el señor Larraín liamaba al portero y me mandaba al encierro, mi buen Pedro, acongojado, me escurría por un pasillo obscuro que daba a la calle en vez de encerrarme en los calabozos obscuros y húmedos del antiguo Instituto, vetusto edificio que había servido un siglo atrás a los jesuítas y en cuyo sitio se construyó después el actual Congreso Nacional. Pedro, repito, me dejaba escapar libre con la promesa de guardarle el secreto. Infidencias del amor que me profesaba y que ra el premio de mis lecturas nocturnas.

—¿Qué podría recordarnos del sistema de estudios que estaba entonces en vigencia en el Instituto; de los profesores, de los ramos, de la manera cómo se hacían las clases?

—Durante mis estudios de humanidades lo primero que me llamó la atención fué el sistema de rotación y de universalidad a que estaban sugetos los profesores. Fuera de los momos de retáreos y profesores.

tema de rotación y de universalidad a que es-taban sugetos los profesores. Fuera de los ramos de retórica y filosofía, que tenían pro-fesores especiales, los demás enseñaban to-dos los ramos del curso en cada año. Así, el profesor del primer año de humanidades enseñaba latin, castellano, aritmética y geo-grafía; al año siguiente continuaba enseñan-do a los mismos alumnos latín, castellano, algebra, historía antigua y griega, etc. Y así algebra, historía antigua y griega, etc. Y así do a los mismos alumnos latin, Castellano, algebra, historia antigua y griega, etc. Y así continuaba con los mismos alumnos hasta el quinto año, enseñandoles idiomas latino y patrio, historia universal, matemáticas elementales, geografía, cosmografía, etc. Concuido el quinto año, volvía al primero a tomar alumnos nuevos y así sucesivamente. Se quería que los profesores fuesen universales y lo que se conseguía era la más deplorable superficialidad. Siendo yo profesor de historia en el colegio de San Luis, logré que en él se estableciese el sistema de las especialidades y cuando en mayo de 1862 ful nombrado profesor del Instituto, me empeñe con su rector don Diego Barros Arana, para que abandonase el sistema de la universalidad y plantease el de las especialidades, como lo hizo; pero sin establecer el sistema de la rotación dentro de los ramos afines.

—¿Qué recuerdos conserva de don Ramón Briseño?

Nuestro profesor don Ramón Briseño era —Nuestro profesor don Ramón Briseño era un hombre sin tacha, dotado de una calma inalterable, no se permitia jamás un desentono, ni una represión áspera o alterada. Sabiamos nosotros que en su casa tenía un sirviente excesivamente flojo, a quien tenía que ir él a despertar todos las mañanas y por toda reprensión me decla:—"repe, tu duermes mucho". A los alumnos reincidentes en no saber sus lecciones se limitaba a decirles con suavidad: — Usted olyida que su primer deber es aprender la mitaba a deciries con suavidad: — Usteu olvida que su primer deber es aprender la lección. Era un moralista práctico, que inspiraba todo el respeto que se debe a la virtud, a una vida sin mancilla; pero que estaba lejos de satisfacer las exigencias de su ramo. No discutia ni resolvia nuestras quals, ni No discutia ni resolvia nuestras duads, ni daba solución a nuestras objeciones. Arguyéndole nosotros que los animales tenían alma, si más impertecta o limitada que la del hombre, pero que tenían entendimiento, memoria y voluntad, demostrándolo con varios hechos que se observan en ellos, se iimitó a decir: — No, los brutos no tienen aima. Uno de mis compañeros le replicó, diciendo: — Yo tengo en mi casa un perro revalór con:

Uno de mis compañeros le replicó, diciendo:

—Yo tengo en mi casa un perro regalón que
ha dado en la manía de acostarse en mi cama con las patas embarradas, me la pone miserable. El otro día lo azote que lo inmo para que no volviese a hacerlo, y efectivamente
mientras yo estoy en casa no se sube a mi
cama; pero apenas me ve sainr a la calle se
trepa a ella y al oir mi voz cuando vuelvo
en el acto salta de la cama y echa a correr.
Luego tiene memoria de los azotes, y entiende como los niños. Solución del profesor:—No,
mal inclinado el perro; eso es todo... Ame-Luego tiene memoria de los azotes, y entiende como los niños. Solución del profesor:—No, mal inclinado el perro; eso es todo... Amenicemos un poco las áridas reflexiones sobre la enseñanza del Instituto, con alguna anécdota. En aquellos días en que yo recién era profesor del Instituto el cuerpo de profesores ofreció un banquete a su rector don Santiago Prado en la Quinta Normal; el señor Briseño, como profesor de filosofía, tuvo la graciosa ocurrencia de brindar en silogismo 7 dijo:—Los maestros de la juventud son bienhechores de la humanidad; es así que el señor Prado se ha consagrado a la enseñanza de la juventud; luego es un bienhechor de la humanidad. "Brindemos por é!". Grandes aplausos.—"El silogismo no es verdadero", gritó ano de los comensales, de entre los jóvenes: "Distingo la mayor; si el maestro enseña lo bueno será bienhechor". Nuevos aplausos. Al punto me trepé sobre una silla y grité:—"Alcanzo a mi amado maestro con un sorites tan verdadero como el silogismo.—Bravo, digeron muchas voces:—"Al sorites, al sorites", clamaron varias voces. Se hace el silencio y digo:

"El que bebe se alegra

"El que bebe se alegra, "El que bebe se alegra, el que se alegra no peca, el que no peca se salva; y si con beber nos alegramos y con alegrarnos no pecamos y con no pecar nos salvamos "bebamos"

-"Si, bebamos", contestaron todos alzando s copas y aplaudiendo aquellos barbarismos. Recuerda en seguida don Abdón como, sintiendo él y algunos compañeros de estudios vivísimos deseos de ahondar más en sus es-



Don Abdón Cifuentes rodeado de toda su descendencia, tres generaciones, cuando la celebración de sus bodas de oro.

tudios de filosofía, fueron a solicitar de don Ventura Marín les diera algunas lecciones y de cómo el flustre sabio se prestó gustoso a complacer los deseos de quienes no siendo más que imberbes escolares preferían el reposo de las austeras disciplinas del entenoimiento a los solaces de la ociosidad tan frecuentes en la Juventud:

—Era en realidad un sabio por su gran talento—nos dice don Abdón—y por su inmensa erudición que a una vasta ciencia unfa el tesoro de grandes virtudes cristianas, pero vivía retirado del mundo y consagrado exclusivamente a obras silenciosas de caridad. Después que dimos examen continué cultivando su amistad con gran fruto para mís estudios. Un día me pidió lo acompañase a una escue-



Señora Luz Gómez de Cifuentes, retrato de hace cincuenta años

la de niños pobres que regentaba una virtuosa mujer, doña María Jesús Espinola donde
deseaba el señor Marín que yo la ayudara
naciendo una clase. Alí servi la de aritmética
hasta la muerte de aquella mujer ejemplar.
El señor Marín auxiliaba la escuela en cuanto podía hasta llegar a fabricarle sus bancos,
pues don Ventura había aprendido el oficio
de carpintero cono remedio que le habían
prescrito los médicos para curarlo de una neurastenla aguda. rastenia aguda.

se alza de su asiento don Abdón; se acer-ca a los cristales de la ventana y se queda un instante mirando hacía el horizonte. Afue-ra el cielo está anubarrado y llueve a cán-taros: las flechas transparentes del aguace-ro vienen a deshacerse contra la ventana. Una penumbra suave, discreta, ha invadido la vasta sala de la biblioteca. Don Abdón vuel-

ve a colocarse cerca de nosotros, muellemen-te reclinado en un amplio sillón de cuero.

Entonces le preguntamos:

—¿Cuâles fueron los incidentes que provocaron la ruptura del Presidente Montt con los conservadores?

conservadores?
Cavila un momento don Abdón, como haciendo memoria de aquellos lejanos días y luego nos responde:

—En 1857 se produjo en Santiago una grande agitación política y social. La expulsión de un sacristán de la Catedral había producido en el Cabildo Eclesiástico una agria disención que obligó al arzobispo, doctor don R. Valentín Valdivieso, a tomar algunas medidos sacreales so quierros societars as cuales con que con la conservación de sención que obligó al arzobispo, doctor don R. Valentín Valdivieso, a tomar algunas medidas a las cuales no quisieron someterse dos de los canónigos, don Juan Francisco Meneses y don Pascual N. Solis de Ovando. En pena de su desobediencia y rebelión el arzobispo los suspendió a divinis, los privó de la misa y del cortesonario. Los canonigos enta anto ante la Corte Suprema un recurso de fuerza, arma odiosa, tiránica, anti cristiana, introducida por los regalistas españoles para encadenar a la iglesia y sujetarla a su absoluta jurisdicción aún en materias espirituales. Los recursos de fuerza como el exequater o el pase, jamás reconocidos y siempre protestados y condenados por la iglesia, eran una extensión abusiva y arbitraria del patronato concedido por los Papas a los reyes, una antigualla de los peores tiempos de la colonia y que siempre eran causa de ruidosas discordias entre la Iglesia y el estado... La Corte condenó al arzobispo a que rebocase su decreto de suspensión a divinis dictado contra los canónigos rebeldes. El arzobispo contestó que la facultad de decir misa y perdonar los pecados en el tribunal de la penitencia otorgada a los sacerdotes era una atribución exclusiva de su urisidación espiritual y que nadie que la facultad de decir misa y perdonar los pecados en el tribunal de la penitencia otorgada a los sacerdotes era una atribución exclusiva de su jurisdicción espiritual y que nadie podía obligarlo a otorgar esa faculta a quien no lo creyese conveniente. La Corte insistió en su resolución bajo pena de destierro. El arzobispo cortestó que estaba pronto a sufrir persecución por la justicia y a soportar el destierro en defensa de la libertad de la iglesia. Con este motivo el Gobierno de don Manuel Montt, regalista empecinado, y apadrinado de los sacerdotes rebeldes, que eran muy gobiernistas, entabló con el arzobispo una larga controversia que no condujo a nada y el arzobispo comenzó a hacer sus maletas para tomar el camino del destierro... El señor Montt había sido llevado a la presidencia por el partido conservador o católico el cual recibió entonces un rudo goine con esta neujida atentatoria de los derechos espirituales de la iglesia l' que acarreó al gobierno la enemistad de los creyentes. La sociedad de Santiago, en emeral tan piadosa, profundamente alarmada con el destierro de su pastor se agolpaba a su altededor para rendirle el homenage de su cariño al mismo tiempo que el de su indignación por semejante atropello. Por su parte el partido liberal, que había combatido la candidatura de don Manuel Montt y que había sido vencido en la sangienta batalla de Loncomilla en 1851, atisbaba la ocasión de volver a lez mar a cabeza y aprovechó el destierro del arzobispo para unirse a los nuevos descontentos en sus baba la ocasión de volver a legistra a cabeza y aprovechó el destierro del arzobispo para unirse a los nuevos descontentos en sus protestas de adhesión al prelado. Yo recuerdo haber esto a sus principales caudillos en esas ruidosas manifestaciones en que parecía que toda la ciudad de Santiago se trasladaba en constante romería a la casa del arzobispo... Parece que aquella conmoción popular alarmó vivamente al gobierno el cual, según se dijo entonces, indujo a los canónigos a presentarse a la Corte, renunciando al recurso o pidiendo que la sentencia quedase sin efecto, como se hizo quedando sin efecto el destierro. Desde entonces comenzó a germinar en el partido conservacomenzó a germinar en el partido conserva-dor una sorda oposición al gobierno que luego tuvo grandes manifestaciones en el Sena-do de la República.

—A pesar de ser usted muy joven en ese entonces. ¿tuvo alguna participación en su

partido o cerca del gobierno en tales su-

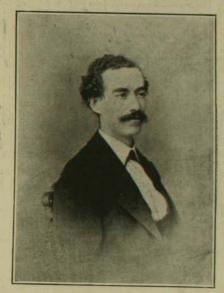
cesos?

—En medio de la agitación que producía el recurso de los canónigos el prebistero uon José Manuel Orrego, rector del colegio de San Luis, fundó, bajo la advocación de San to Tomás de Cantorbery una sociedad de clérigos en que estos se comprometian, bajo juramento, a no entablar jamás recursos de fuerza contra las autoridades civiles y a trabajar por la libertad de la iglesia. Esta sociedad a la que se adhirió la mayor parte delero y, que sus adversarlos bautizaron con el nombre de Cantorberiana fué durante largo tiempo el blanco de los odios más violentos de los gobiernistas porque ella era una pronombre de Cantorberiana fué durante largo tiempo el blanco de los odios más violentos de los gobiernostas porque ella era una protesta permanente contra el absolutismo regalista del gobierno. La prensa palaciega se cebaba constantemente contra los cantorberianos. En 1858 entré a estudiar prártica forense y era de ley que los alumnos escogiesen un abogado en cuyo estudio pudiesen practicar los dos años que duraba el curso. Aunque yo vivía muy alejado de la política por mi edad y mis abrumadores estudios estaba cansado de oir que el Presidente Montt era un tirano ayudado por su alter ego don Antonio Varas, que había sido su Ministro del Interior desde 1851 hasta septiembre de 1856 y a quien había oido pintar con los más negros colores. En el "Circulo de amigos de las Letras", que se reunía en casa de don José Victorino Lastarria y a donde concurrían muchos escritores afamados como Miguel Luis y Gregorio V. Amunátegui, Alberto, Joaquin y Guillermo Blest, Guillermo Matta y muchos otros y a donde me había llevado un amigo boliviano Rene Moreno; allí, repito, sólo había oído hablar pestes de don Antonio Varas. En el Colegio de San Luis tomaban de noche lecciones de inglés don J. Manuel Orrego, don Domingo Santa María y don Francisco Vargas Fontecilla Y o asistía con frecuencia de oyente a esas lecciones que daba Mr. Richard. Santa María estaba en una constante diatriba contra Varas a quien suponía peor que Montt. esas lecciones que daba Mr. Richard. Santa María estaba en una constante diatriba contra Varas a quien suponía peor que Montt. Pero yo notaba que el señor Orrego, que trataba siempre de moderar aquellas críticas, salía con frecuencia a la defensa del señor Varas.

El señor Orrego era la única persona a quien había ofdo hablar bien de ese Ministro compliotente y como yo tenía profunda esti-

El señor Orrego era la única persona a quien había oído hablar bien de ese Ministro omnipotente v como yo tenía profunda estimación por el señor Orrego me entró la curiosidad de tratar de cerca y por mi mismo al señor Veras, a ese Barrabás a quien no conocía ni de vista pero que no seria tan malo ya que el señor Orrego lo defendía... Para ello me valí de mi derecho de elegir abogado para practicar y sin consultar a nadie presenté mi escrito designando al señor Varas, que desde que salló del Ministerio había vuelto a abrir su estudio. Recuerdo que mi hermano mayor. Esperidión, que era muy gobiernista y otros dos amigos que frecuentaban la casa del señor Varas tuvieron muy a mal que hubiera hecho esa designación sin previa autorización del señor Varas tuvieron muy a mal que hubiera hecho esa designación sin previa autorización del señor Varas que podría despacharme con viento fresco. Yo vi en ello un síntoma de la especie de terror que inspiraba el personaje lo que picó más mi deseo de tratarlo y les contesté:—"Si yo tengo el derecho para escoger mi abogado supongo que este tendrá la obligación de aceptarme y no croo que sea tan mal educado que me despida porque si. Yo tengo otra idea de él por lo que ne oído al señor Orrego". E insistí en mi propósito yendo pocos días después al estudio del señor Varas, presentándole mi nombramiento... El ya estaba impuesto de mi intentona por alguien que quiso ponerme mal como tuve alguna noticia tandole mi nombramiento... El ya estaba impuesto de mi intentona por alguien que quiso nonerme mal como tuve alguna noticia después. Dijéronle que yo era profesor de San Luis, regentado por el jefe de los cantorberianos señor Orrego y que sin duda yo era un espía mandado por ellos. A esta idea sin duda obedecieron las primeras preguntas que me dirigió, paseándose de un extremo a otro de la pieza, después de indicarme que

me sentara.—"¿Qué ha tenido usted en mira, señor, al elegirme como abogado?" me pregunto bruscamente. Yo no me atreví a revelarle netamente el objeto que me llevaba ni la causa de mi curiosidad y esquivé la respuesta diciendo que el objeto que se había propuesta diciendo que el objeto que se había propuesta diciendo que el objeto que se había propuesta al estudio de un abogado, sería sin duda el que puedan estudiar allí los espedientes o comenzar a practicar realmente la aplicación de las leyes en los escritos y en sus providencias..—"Convenido, me replicó con ciento tono imperioso. Pero cuál ha sido su objeto al elegirme a mi?"...—"Como usted, señor, es un abogado de tanta reputación, contesté, me perdonará que me haya atrevido a tener la vanidad de practicar con usted"... Como el insistiese en su pregunta acerada y yo continuase divagando sobre el objeto de esta práctica, concluyó diciendome:—"Está bien; puede usted



Retrato de don Abdón Cifuentes de la época en que contrajo matrimonio

venir tales días a tales horas"...—Pasaron muchos días en que yo llegaba al estudio, me entregaba algunos espedientes para que los revisase y una que otra vez solía preguntarme el concepto que me había formado de ellos. Al cabo de algún tiempo y como él había sido profesor del Instituto, me preguntó un día mi opinión sobre los estudios de este establecimiento. Yo aproveché la ocación para vaciarle todo el arsenal de crítica que me sugerían su plan de estudios, su sistema de profesores universales, sus textos y sus malos métodos de enseñanza. Sobre estos temas trabamos muchas veces largas y animadas discusiones en las cuales pude estimar sus vastos y variados conocimientos, su distinguida inteligencia y su acertado criterio. No era un hombre vulgar. El encontraba fundadas muchas de mis observaciones; pero cuando discutía sobre ellas solíamos establecer porfiada controversia en la que me llamó mucho la atención un rasgo de su carácter. Al oir mis réplicas solía enfadarse, se paseaba apresuradamente y manifestaba su desagrado porque yo no asen-



Don Abdón Cifuentes y su amigo Cañas, con quien realizó un viaje por Europa

tía a su parecer... Yo solía pensar que este era un defecto que le habían creado sus admiradores y amigos demasiado complacientes, porque pude observar después en él otro rasgo de un hombre superior cual fué que mi firmeza para defender mis convicciones lejos de conducirlo a menospreciarme lo induito admira prueba de acertimelo.

jos de conducirlo a menospreciarme lo indu-jo a darme pruebas de su estimación. Su hijo don Miguel deseaba tal vez adelan-tar algunos cursos... don Antonio me pi-dió que le hiciese clase de esos ramos; así lo hice hasta hacerlo rendir satisfactoria-mente sus exámenes. Estaba después muy descontento con su hijo siguiente don Carlos, actual Ministro de la Corte Suprema, que había perdido un año de estudios por el mal resultado de sus exámenes. Me consultó en qué colegio podría ponerlo pero con la conresultado de sus exâmenes. Me consultó en qué colegio podría ponerlo pero con la condición de que yo lo vigilase y ayudase. Yo le contesté que si quería confiarlo a mi cuidado en ninguna parte podría estar mejor que en el Colegio de San Luis donde yo era profesor y uonde yo vivía, lo que me había de permitir atenderlo y ayudarlo con eficacia Guardó silencio por algún rato y por fin me respondió:—'Lo pensaré y le contestaré"... Es que yo había tocado, sin saberlo, la cuerda sensible. Por una conversación que oyó un Es que yo había tocado, sin saberlo, la cuerda sensible. Por una conversación que oyó un amigo mío supe después que en la familia del señor Varas se había discutido el punto de que al principio se me había tomado por alguno de los comensales espla de los cantorberianos y que poner al niño en San Luis era ponerlo en la boca del lobo. Supe que también el señor Varas rechazaba ya esa idea como absurda y que me crefa digno de su confianza. El hecho fué que al cabo de algunos días me dijo:—"Ya he pensado, señor, el asunto de Carlos y se le entrego para que

lo coloque en San Luis".—Yo me esmeré en atender a mi pupilo de manera que ese año salió muy blen en todos sus exámenes y pudo incorporarse de nuevo en el Instituto. Pidióme la cuenta de mi honorario por los servicios que habita prestado a sus hijos idea dióme la cuenta de mi honorario por Jos servicios que había prestado a sus hijos idea que yo rechacé perentoriamente. A los pocos días recibía de éi el obsequio de varias obras importantes con una carta muy satisfactoria... Concluída mi práctica de dos años, el señor Varas me dió el informe satisfactorio del caso para mi recepción de licenciado en leyes y me retiré del estudio a donde no volví sino muy rara vez porque el año 60 el señor Varas volvió al Ministerio del Interior en el que permaneció hasta el 18 ue septiembre de 1861 lo que me impidió seguir cultivando su amistad o su trato en el cual encontré siempre algo que aprender sobre todo en su modesta, austera y ejemplar vida privada. vada.

-: Estaba usted en San Felipe cuando es-talló la revolución del 59? -Si; fui testigo presencial de todos esos

—Si; fui testigo presencial de todos esos acontecimientos, pues como San Felipe es mi pueblo natal allí estaba pasando las vacaciones en febrero de ese año, cuando estalló el movimiento. Recuerdo que en diciembre del 58 se había declarado en estado de sitio a las provincias de Santiago, Varparalso y Aconcagua. El intendente de esta última prohibió las reuniones que se verificaban en un todos esos hibió las reuniones que se verificaban en un club a donde concurrían los partidarios más caracterizados de la oposición a la política del gobierno. Sin embargo, a pesar de la prohibición siguieron las reuniones hasta que en la noche del 19 de enero veinte de los jefes opositores fueron sacados de sus casas y arrastrados a la cárcel. Se les acusaba de que tramaban una conspiración a fin de apresar al intendente. Mas, como no se les pudo pro-bar nada, se les puso en libertad dándoseles por cárcel sus casas. Por esos días kegó la nopor cates associated to the control of the control aumentó con la medida adoptada por el in-tendente de sacar a los presidarios de las cárceles de San Felipe, Putaendo y Los An-des para enrolarlos en el ejército. Claro está que esto produjo una pésima impresión, pues si el gobierno recurría a estas medidas ex-tremas harto pobre de fuerzas que lo apoya-ran debía estar; por lo menos así pensaba yo en aquel entonces... El 12 de febrero, día en que se celebraba el aniversario de la día en que se celebraba el aniversario de la batalla de Chacabuco, a las 10.30 de la mañana la campana de la iglesia matriz tocaba arrebato: la gente corría en todas direcciones y el comercio cerraba sus puertas. Doce conjuy el comercio cerraba sus puertas. Doce conjurados, reunidos en la casa de don Joaquín Oliva la noche anterior, habían preparado todo el movimiento. Don Baldomero Lara, accompañado de un joven Vidal, se apoderó de la cárcel; mientras el primero le ponía un revólver al pecho al centinela, el segundo les repartía plata menuda a los soldados restantes gritando: "Viva la oposición". Los soldados, sorrerendidos acentaron el dón segundo dados, sorrerendidos acentaron el dón segundos. dados, sorprendidos, aceptaron el dón, secundaron el viva y entregaron la guardia. En el cuartel cívico había sucedido otro tanto, mientras el de policía, tras una breve resistencia, hubo también de entregarse, pues te-mían sus defensores les fueson a poner fuego al edificio. Entretanto los demás conjurados se apoderaban del intendente, que estaba desprevenido. Un oficial Sarmiento, de Putaendo, prevenido. Un oficial Sarmiento, de Putaendo, quiso poner resistencia; pero uno de los conjurados le disparó un balazo precisamente al tiempo que la señorita Luz Arteaga, cuñada del intendente, acudiendo a su socorro, pasaba por entre ambos. La bala la hirió casualmente y murió a los tres días... ¿Para qué recordar todos los incidentes de ese movimiento que terminó con la llegada de las tropas gobiernistas y con el saqueo general del pueblo? Recuerdo que don Domingo Figueroa, comerciante pacífico y por añadidura gobiernista, que tenía su casa en la misma plaza, se libró de que lo mataran por una casualidad, debido a la interseción de un oficial. Los soldados que habían invadido su casa manifestaron que tenían hambre y él por complacerlos les hizo servir jamón y pan lo que rechazaron con indignación alegando que se les quería envenenar. Conversando que se les quería envenenar. Conversando con un soldado yo le oí decir: "Ud. se queja del saqueo; pues sepa que tenemos orden de reducir a potrero a San Felipe". Hubo casas donde el vandalaje duró dos días, como ser en la de don Jouquín Oliva, donde hacharon hasta los árboles y las parras, derramaron el licor que no pudieron llevarue, quebraron las vasijas de la bodega, hicleron astillas el piano, desenterraron seis barriles en que la familia había escondido su ropa y hasta subieron a los entablados del techo para despedazarlos. No olvidó que a un joven Acuña, director de un colegio, que tuvo que salir a la calle por una diligencia, le alcanzó un soldado y después de registrarle todos los bolsillos, le dió un balazo dejándolo mor condo. Desde ese día viernes hasta el domingo los soldados instalaron baratillos en los cuarteles con las cosas robadas y vendían a vil precio y a vista y paciencia de sus dueños toda clase de objetos y mercaderías. El parte oficial del jefe Sotomayor Valdés, decía tres días después del suceso: "Los soldados se han portado heróicamente. Después del combate".

Fatigado con el hablar interrumpido calla don Abdón. En ese instante penetra a la sala su hijo José María y, bien pronto, la charla se reanuda. Afuera continúa lloviendo sin descanso: la tempestad de verano ha refrescando a darse por todas partes. El son menálico de una campana distante llega hasta nosotros con isocrónicas vibraciones.

—¿Conoció usted de cerca al Presidente Pérez?—le decimos a don Abdón. En ese instante penetra a la sala so hijo se you partes de senonces?

Y él nos responde inmediatamente:

—Mucho he admirado y mucho conocí a don José Joaquín Pérez Después del gobiero de Montt el país necesitaba un gobiero más conciliable con las libertades públicas.

don José Joaquín Pérez. Después del gobierno de Montt el país necesitaba un gobierno
más conciliable con las libertades públicas.
El señor Pérez comprendió que era indispensable aflojar los resortes gubernativos y
conciliarse la voluntad popular. Fué, sin duda, uno de los más hábiles gobernantes que ha
tenido Chile... El señor Montt había vivido
siempre en el palacio de gobierno rodeado de
bayonetas. Pérez no quiso habitar la Moneda;
continuó viviendo en su casa como simple
particular. Montt salía con su edecán y con
su escolta de caballería. Pérez salía a pasear
por las calles, a los paseos públicos enteramente solo, hasta sin edecán. En varias ocasiones le ví en la Alameda solo en medio de
una muchedumbre del bajo pueblo que lo mente solo, hasta sin edecân. En varias ocasiones le ví en la Alameda solo en medio de una muchedumbre del bajo pueblo que lo acompañaba, estrechaba y vitoreaba, gozoso de verlo tan accesible y tan conflado en medio de ellos. También lo ví solo en la Alameda comprando frutas o dulces que comía sobre andando lo que causaba la admiración de los transeuntes. Estos hábitos sencillos y democráticos, que formaban tan gran contrasté con su antecesor, le granjearon pronto una gran popularidad... La oposición procuró atraérselo por medio de ruidosas manifestaciones. En las primeras vacaciones en que el gobierno se trasladó como de costumbre a veranear en Valparaíso. liberales y conservadores le prepararon un viaje triunfal. En todos los pueblos del tránsito, como en Valparaíso, era recibido con arcos triunfales, discursos y aclamaciones entusiastas que no dejarfan de influir en su ánimo. El partido montt-varista comenzó a alarmarse temeroso de perder su ascendiente sobre su ahijado. Su prensa fué más lejos enderezándole conceptos ofensivos y en un soneto sarcástico llegó a llamarle:

Héroe por fuerza, pasajero bajo de horcas caudinas liberales.

Ei hecho fué que la antigua oposición comenzó a ganar terreno en los consejos de gobierno y que el part.do montt-varista continuó acentuando su oposición. En julio de 1862 entraba como jefe del gabinete don Manuel Antonio Tocornal, en compañía de otro conservador don Miguel María Gieme y de uno de los caudilios más prestigiosos de liberalismo, don José Victorino Lastarria, grande enemigo del montt. varismo. Era aquella una especíe de coalición anti monttvarista. Este partido abrió una ruda campaña en el Congreso contra el Ministerio; "El Ferrocarrii", diario montt-varista consumado, ayudaba con sus fuegos a la oposición del Congreso, donde el señor Tocornal se defendía con prodigios de habilidad y elocuencia... A mediados de 1863 don Manuel José Irarrázabal, que hacía poco hab; a llegado de un largo viaje por América, Europa y el Oriente y que era muy amigo del señor Tocornal, se propuso fundar a su costa un periódico para defender al Ministerio. Así nació "El Bien Público" y sus redactores principales eran don Joaquín Larraín Gandarillas y don José Manuel Orrego, presbitero, que a toda costa querían guardar su incégnito. Los acompañaba el joven don Zorobabel Rodríguez que comenzó a publicar en el periódico "La Cueva del loco Eustaquio", novela que tuvo el honor de ser traducida al italiano. A Rodríguez le daban por sua artífculos sesenta pesos de sueldo mensuales. El señor Larraín me ofreció igual cantidad para que yo les acompañase tambien en la redacción del periódico. Resisti decididamente porque estendar em la redacción del periódico. Resisti decididamente porque estendar em la redacción del periódico. Resisti decididamente porque este me mis trabajos que había empezado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de escribir par "Historia Jeracia" de comenzado a fin de comencia redacción del periódico. Resisti decididamente porque esto me venía a interrumpir en mis trabajos que había empezado a fin de escribir una "Historia Jeneral de Chile" para la que llevaba ya mucho lefdo, estractando folletos y libros, aprendiendo araucano, visitando todas las bibliotecas públicas y las de los conventos, revisando todos los manuscritos que trajo de Europa don Manuel José Irarrázabal y los que había recopilado el señor Eyzaguirre. En resumen había trabajado no menos de cinco años constantes; desgraciadamente el periodismo me absorbió todo entero y al cabo de alguons años repartí lo que había recopilado entre algunos



Don Abdón Cifuentes en 1870

amigos como Rodríguez y Enrique del Solar, pues claramente comprendi que jamás habría de tener tiempo para dedicarme por entero a tal obra. Recuerdo que para todo lo que tocaba de cerca a "El Blen Público" nos reuníamos de noche en la antesala de la casa de doña Juana Larraín, situada en la esquina sur-oriente de la calle de Húerfanos oruzada con la calle de Ahumada. Como Rodríguez y yo éramos principiantes en el oficio, los señores Larraín y Orrego nos lefan sus artículos y nos hacían leer los nuestros a fin, decían, de no ponernos en contradicción unos con otros, delicada manera que usaban para revisar los nuestros sin herir nuestro amor propio. Asistían también a nuestros a tras reuniones a corrada

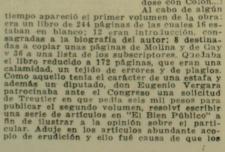
tras reuniones tras reuniones a puerta cerrada do n Maynu e ...
Puerta de Vera y don Manue!
José Irarrazaval, que costeaba todos los gastos del periódico y muchas vecas de y puenas vecas de ... muchas veces damuchas veces daba tema para los
artículos... Como "El Bien Público" era el único periódico que
contradecía y alientemente a "El
Ferrocarril" y
tracaba la opo-Ferrocarril" y atacaba la opo-sición parlamen-taria montt-va-rista de que era víctima el Minis-tro Tocornal, los mon tit-varistas cobraron pra m on tt-varistas cobraron gran zaña por nuestro periódico y trabajaban por averiguar quiénes nes eran sus redactores. Debo mencionar otra circunstancia que fué causa de un suceso que me afectó personal-mente y que le referiré lu eg o. Don Diego Ba-rros Arana, que rros Arana, que había sido partidario de Montt. había cultivado con esmero en el último tiempo la amistad del rector del Seminario do n Joaquín Larraín Gandarillas, dando muestros de

do muestras de

un catolicismo acendrado como el más perfecto conservador. Tan persuadido estaba el señor Larraín
de las creencias religiosas que le había manifestado el señor Barros que se empeñó con el
Ministro conservador de Instrucción Pública,
don Miguel María Güemes, para que lo nombrase rector del Instituto Nacional, en reemplazo de don Santiago Prado, como sucedió.
Vo no conocía ai señor Barros más que por sus
obras pero me alegré mucho de su nombramiento, pues allí haoía de tener ocasión de
tratarle y él me iría a servir como nadie paami proyectada historia de Chile. Desgraciadamente disipáronse bien pronto mis esperanzas. La mayoría de los empleados del
Instituto eran hechuras del gobierno anterior
y por lo tanto montt-varistas. El señor Bacatolicismo

rros no hizo misterio de la antipatía que le inspiraba ese partido y a menudo se expresaba mal de él, cuentos que le eran llevados a los dirigentes monti-varistas quienes explaban la ocasión de jugarle alguna mala pasada... Sucedió que había llegado al país un tal don Pablo Treutler, sabio alemán que "El Ferrocarril" elogiaba casi a diario y que se decía principe y hombre de ciencia tudesco que realizaba por América un viaje de estudio. Treutlet anunciaba publicar pronto una obra sobre las provincias australes de Chile y para ello comenzó a solicitar del público suscripciones anticipadas. El hecho es que ayudado por otro alemán había conseguido reu-

aleman había conseguido reunir más de quince mil pesos. Pero el tiempo pasaba y el libro no aparecía lo cual comenzó a inquietar a los subscriptores. Recuerdo que hablando un día con don Antonio. Varas sobre Treutler medio que estando bre Treutler me dijo que estando el de Ministro del Interior, solicitó Treutler una audiencia a fin de explicarle que se proponía como geólogo y naturalista recorrer la Araucanía y esperaba que el gobierno lo auxiliara para su expedición. lo auxiliara para su expedición.
Don Antonio le
respondió que el
gobierno no tenía el honor de
conocerlo y como
el Erario se hallaba muy pobre
no podía hacer
ningún de se embolso; pero que
podía asegurarle
que los caminos
de las tierras que de las tierras que iba a explorar eran seguros y estaban espedi-tos. Fallidas que tos. Fallidas que vió sus esperanzas Treutier le respondió al Ministro: "Todavía no he encontrado mi Isabel que gaste sus joyas en mi", ¡El sabio no se quedaba corto comparán. corto comparán-dose con Colón...! Al cabo de algún





Bendición otorgada por Pío X, a don Abdón Cifuentes

enemigos políticos del señor Barros Arana creyeran que él y no otro era el autor. Vieron la ocasión propicia para hacer que se le condenara a sels meses de cárcel y a una muita de 600 pesos y no vacilaron en inducir a Treutier para que se prezentaza acusando al juzgado del crimen dichos artículos como difamatorios... Larga, larguísima fué la historia de este proceso y debo decirle que pocas veces en mi vida he pasado angustias más crueles; pues me encontraba enfermo de una grave disentería y pensaba en lo que sería de mi si, además de encarcelarme, me obligaban a pagar una multa que no tenía. Felizmente tras largas incidencias y después de alegar tres horas consencivas ante los jurados, que fueron don Gerónimo Urmeneta, D. José Manuel Baimaceda, D. José Francisco de la Cerda, don Silvestre Ochagavía, don Victorino Garrido, don Santiago Pérez Larraín, don Miguel Cruchaga Montt, fuí absuelto por unanimidad y hasta recibi una ovación y fuí levado en triunfo a través de las calles por el enorme gentío que se había reunido en la plaza. Recuerdo que al llegar a casa Zorobabel Rodríguez me dijo: "Acabo de devolver al señor Irarrázabal los 600 pesos que me dió para que bagase en el acto

bo de devolver al senor Irarrázabal los 600 pesos que me dió para que obagase en el acto la multa, porque él temía que usted sallese condenado".

—¿Q u é recuerdos conserva de la fundación de "La Revista Católica" y de "El Independiente"?

—De "La Revista Católica" recuerdo haberle oído referir a don Rafael Valentín Valdivieso cuáles habían sido los comienzos de
esa publicación: "Nuestra oficina de redacción—me decía— fué
una piecesita o altillo
que existe todavía sobre el zaguán de la case de dos Junas Lespre el zaguán de la ca-sa de doña Juana La-rraín Gandarillas. Allí reuniamos a nos reuniamos a redactar nuestros artícu-los don José Hipólito Salas, yo y don Joa-quín Larrain Gandari-llas, que al principio sólo corría con la im-

llas, que al principio uno de sus hijos sólo corría con la impresión y corrección de pruebas del periódico.

Nosotros costeábamos la revista, pues por falta de costumbre de escribir los colaboradores eran muy escasos y los subscriptores también... Sin embargo, poco a poco los colaboradores Interon aumentando y tomando parte en la redacción muchos saceraotes que han llegado a ser ilustres escritores y distinguidos prelados de nuestro clero, como don Miguel Arístegui, don Ignacio Víctor Eyzaguirre, don Justo Donoso, el P. Aracena, don Manuel Orrego, don José Ramón Saavedra, don Mariano Casanova, don Domingo Penigno Cruz, don Rafael Fernández Concha, don Crescente Errázuriz y otros...—Ahl—me decía en certa ocasión el senor Valdivieso. — Ud. ha alcanzado tiempos más ilustrados y felices que nosotros; yo voy a darle una præeba. Después de mi consagración episcopal, como yo atribuía mucha importancia al sostenimiento de la Revista Católica, continué escribiendo en ella. Publique una serie de artículos sobre el dogma de la independencia de la iglesia. Pues, señor, un dia vinleron a visitarme un canónigo y un presbítero y en el curso de la conversación

me dijeron que venían a pedicme que reprimiese o corrigiese a esos cièrigos de la Revista que estaban escribiendo a sparates hasta el punto de decir que la iglesia era independiente del Estado. Y soitando una de esas carcajadas homéricas que solla tener el señor Valdivieso, agregó: "¡Y el autor de esos disparates era yo! Calcule usted la ciencia lógica y el regalismo de este par de sacerdotes. Respecto de "El Independiente" debo decirle que al día siguiente del incendio de la iglesia de la Compañía toda la prensa de Santiago se ensañó contra don Juan Ugarte rector de la iglesia, cuipándolo del desastre y contra todo el clero que consentía las inumnaciones en los templos. "El Ferrocarril", liberal montt-varista y "La Voz de Chile", radical, se distinguie: on en esa campaña difamatoria. "El Bien Público", que sólo salla dos veces por semana, era insuficiente para contrarrestar esa campaña. Entonces, en nuestras reuniones de redacción, los señores Larrain e Irarrázabai manifestacon la necesi, dad que había de fundar un gran diario católico. Se acordó reunir entre los correligionarios ochenta mil pesos, de los cuales subs-



Retrato de don Abdón Clfuentes hecho por uno de sus hijos cuando pequeñuelo

nir entre los correligio-narios ochenta mil pe-sos, de los cuales subs-cribió el señor Irarrá-zabal veinte mil que debía pagar por cuatro partes, con cinco mil pesos cada año. El res-to de la cantidad se acordó que fuera reuni-do por el señor La-rraín y yo, 1º cual con-seguimos tras muchos tragines. Pero las ma-yores dificultades esyores dificultades tribaron en encontrar sus redactores: el se-ñor Irarrázabal no encontró en Santiago a un periodista católico que se hiciera cargo de la redacción y escribió a Buenos Aires a don Félix Frías, notable es-critor católico, que fué después Ministro de la

critor católico, que fué después Ministro de la República Argentina en Chile. El señor Frías rehusó. ¿Qué hacer entonces? El señor Irarrázabal era amigo de los señores Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, escritores distinguidos y, aunque liberales, eran moderados y tolerantes, a esto se unía que los liberales en su lucha contra el "montt-varismo", de modo que los Amunátegui podrían defender al Ministro Tocornai con el mismo celo que lo estaban haciendo en "El Bien Público" y en cuanto a los principios religiosos crefan que no tendrían inconveniente en defender los principios fundamentales del católicismo contra las inepcias de la prensa hostil, tanto más desde que estábamos allados en una causa común. Reñerenos en seguida don Abdón, cómo don Zorobabel Rodríguez y él quedaron formando parte del cuerpo de redacción dal diarlo, en puestos secundarlos, como traductores de folletines, como cronistas o para hacer re-

rio, en puestos secundarios, como traductores rio, en puestos secundarios, como traductores de folletines, como cronistas o para hacer revistas de la prensa, y cómo los señores Amunátegui pusieron por condición, al hacerse cargo de "El Independiente", que debía acompañarlos don Alberto Blest Gana para que escribiese revistas de la semana en su estilo festivo característico. Recuerda luego la aparición del primer nâmero el 1.0 de marzo de 1864 que comenzó a hacer una campaña ruda en favor del goblerno y en contra de la oposición montt-varista.



El presente documento acredita el nombramiento de don Abdón de Caballero del Santo Sepulcro pro guesto a S. S. el Papa por el Gran Maestre de Jerusalén

—A mi me ocupaban en escribir artículos de crónica y en hacer una revista de los editoriales y artículos más notables de los otros diarios. Ahí solía trenzarme con el·los, rebatiendo sus ataques antirreligiosos. Cada vez que eso sucedía, don Miguel Luís Amunátegui, que era el redactor en jefe, me iba a la mano diciéndome: —"Limítese a dar cuenta de lo que dicen los otros diarios, porque de otra manera van a decir que el diario es pechoño. Como casi todos los subscriptores del diario eran católicos vinieron a quejarse de que "El Independiente" no publicaba la crónica religiosa, es decir, las noticias de las horas de misa que se decían en los templos y de las funciones religiosas que se celebraban en ella, crónica que publicaban los otros diarios para atraer subscriptores o satisfacer a todos los gustos. Hicimos ban los otros diarios para atraer subscriptores o satisfacer a todos los gustos. Hicimos
presente el reclamo al señor Amunátegui;
el cual nos respondió:—"No, pues, hombre;
van a decir que el diario es pechoño"—"Pero
si "El Ferrocarril" es antipechoño y publica esa crónica", le observamos.—";Claro!"
contestó.; "El Ferrocarril" la publica porque
no hay miedo de que lo llamen pechoño; pero a nosotros nos echarian el sambenito en
el acto. Conviene no teñir mucho el diario" acto. Conviene no teñir mucho el diario"... I señor Amunategui llevó más lejos su mie-b. El Iltmo, señor Salsa obliga su mie-El señor Amunategui llevó más lejos su miedo. El litmo, señor Salas, obispo de la Concepción, que había celebrado mucho la fundación de un diario católico y aún había
ayudado a su fundación con mil pesos anuales envió una pastoral suya para que se la
publicaran en el diario y el señor Amunategui se negó a ello con diversos pretextos,
excusándose unas veces con la abundancia
de materiales y por fin con que había pasado
la oportunidad... De esta manera comenzó
a levariarese, entre los accionistas y subscriptores, de "El Independiente", un coro de
protestas y de reclamaciones contra su redacción lo que obligó al fin al señor Irarrázabal a cambiarle; más, antes de proceder,
nos propuso a Rodríguez y a mi que nos hicléramos cargo de ella. Tuvimos nostros que ciéramos cargo de ella. Tuvimos nosotros que excusarnos con nuestra inexperiencia y en-tonces logró que el señor don Pío Varas acep-

tase la redacción en jefe, entrando a desem-peñarla el 21 de junio de 1864, día en que se retiraron los senores Amunátegui. El señor Varas dió rumbo al diario viendo modo de complacer los senti-mientos religiosos de sus sostenedores; pero una grave enfermedad no le permitió perma-necer al frente de la redacción sino hasta fines de octubre. Ya nnes de octubre. Ya no nos fué posible ex-cusarnos de tomar la redacción. Ante tan premiosa necesidad aceptamos y comenza-mos nuestra tarea el 1.0 de noviembre de 1864, con cien pesos de suel-do mensual cada uno. —De sus campañas

periodisticas, de los bienes realizados desde las columnas del dia-rio, ¿no recuerda Ud. con especial con especial dilección algún hecho que haya redundado en beneficios generales?

-Si; recuerdo algo que mucho me regocija por el bien que conse-guí realizar. En marzo del 65 me llegó a la imprenta un folleto de París sobre el Eucalip-tus Glóbulus, árbol del cual se contaban allí

maravillas, como ser su rápido crecimiento, su altura colosal, que servía para mástiles de bu-ques, su variedad de especies, su aroma balsáaltura colosal, que servia para mastiles de buques, su variedad de especies, su aroma balsàmico, sus virtudes medicinales, que me propuse traducir el folleto y escribir un artículo interesando a nuestros agricultores. D. Manuel José Irarrázabal y D. Francisco de Paula Figueroa, que eran directores del diario, leyeron mi publicación, se interesaron por el árbol, fueron a todos los jardines en su busca y como no lo encontraran el señor Irarrázabal pidió a vuelta de correo semillas a París y luego le participó al señor Figueroa quien plantó dos al frente del cenador que tenía en su casa de la calle Huérfanos, El señor Irarrázabal los plantó en su hacienda de Pullalli, en la Ligua, primero en maceteros y luego trasplantó como doscientos al parque de las casas. Don Patricio y don Francisco de Borja Larraín los multipicaron también en sus fundos. Tal fué el origen e introducción en Chile del eucaliptus. Vicuña Mackenna dice en una de sus obras que el introductor en Chile fué el jardinero Cazoreti, incurriendo en un error, pues cuando fué el señor Irarrázabal al jardin de este caballero a ver si tenía el arbol, Cazoreti no lo conocía ni de nombre.

—Usted ha expresado que la causa del nacimiento de "El Independiente" fué la campaña que la prensa liberal monti-varista y radical inició contra el rector de la iglesia de la Compañía, después de su incendio.

—Exacto, nos corrobora don Abdón.

—Estuvo usted presente en el incendio?

—No, cuando comenzó, pues llegué un poco después...

—Podría referirnos sus recuerdos de sa

después.

después...

—; Podría referirnos sus recuerdos de esa noche trágica; las reminiscencias que usted conserva de la catástrofe?...

—El 8 de diciembre por la mañana más de tres mil personas habían recibido la Santa Comunión y el regente de la iglesia de la Compañía había invitado a los fieles para que volvieran en la noche, a la fitima clausura del mes de María. Yo me había quedado en la casa leyendo tranquilamente cuando llegó a mis ofdos un confuso vocerio que me hizo sailr a la calle. Bien pronto pude saber lo

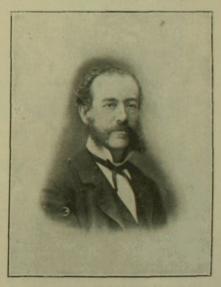
que ocurría y sin más pensar tomé mi sombrero y eché a correr hacia la iglesia. ¡Ah, qué de horrores no presencié! A falta de bombas, esta catástrofe las creó, algunas personas arrojaban baldes de agua sobre aquellamasa de cuerpos que ardian; otras les arrojaban cuerdas o quabraban los árboles de la plazuela para arrojárselos a fin de que las infelices victimas se asieran a sus ramas y pudiesen ser sacadas. Como yo iba en busca de mis hermanos, que no había podido encontrar en la puerta del centro, corrí a la puerta del costado que daba a la sacristía del antiguo edificio del instituto Nacional. Por esa fuerza de puñetazos y patadas para desprenderse de las mujeres que se asían a él y saltando por sobre ellas, logró salir al fin medio fixiado. Allí ví también a una señorita Orella que luchando con otras en cuyas manos dejó todos sus vestidos, llegó al umbral de la puerta en camisa y al encontrar allí tantos hombres el pudor la hizo retroceder en vez de salir al aire ilibre. Dos de los jóvenes que estaban más cerca se precipitaron sobre ella y tomándola de los brazos la arrastraron hacia salir al alre albre. Dos de los jovenes que estaban más cerca se precipitaron sobre ella y tomándola de los brazos la arrastraron hacia afuera, cubriéndola con ropas de hombre a falta de otra cosa... La puerta del costado oriental de la iglesia ofrecía el mismo horripilante espectáculo. Debajo de los arcos de la oriental de la iglesia ofrecia el mismo horripiante espectáculo. Debajo de los arcos de la nave lateral, que quedaban cerca de la puerta, se veían murallas como de metro y medio de altura de cadáveres carbonizados. Un poco más al norte algunos caballeros habían arrancado la reja de la ventana de la sacristía que estaba bastante alta y allí ayudaban a bajarse a algunas mujeres que se descolgaban por ese escape. Entre ellas conocí a una señorita Castillo que vivía en el colegio de las señoras Acosta y que había ido acompañando a la directora principal, doña Natividad Acosta. La señorita Castillo salvaba en camisa y sin otra prenda de vestir que el corsé; vestido enaguas y crinolina habían sucumbido en la lucha por la vida con sus compañeras de infortunio. Un caballero anciano la cubrió con su capa y con varios otros la acompañó al colegio a donde también fuimos nosotros. Allí supe que la señorita, después de sacarle el corsé, tenía la esoalda medio quemada, y refirió que la señora Natividad había dado pruebas de una serenidad y presencia de ánimo admirables; que gritaba sin cesar: ""Calas" Na se atraneller Tdas vidad había dado pruebas de una serenidad y presencia de ánimo admirables; que gritaba sin cesar: "¡Calma! No se atropellen. Todas podemos salír si guardamos orden. Con desórden perecemos todas. ¡No se precipiten!"... Volvimos luego al lugar del sacrificio. En todas las veredas de la plazuela había cadáveres tendidos; lo mismo se veta en los corredores del Palacio de los Tribunales. Entre estas cadáveres reconocía de de una segorita

veres tendidos; lo mismo se veía en los corredores del Palacio de los Tribunales. Entre estos cadáveres reconocí el de una señorita Lecaros, célebre por su hermosura. Muchos caballeros, con faroles, andaban buscando a los suyos, deshechos en lágrimas. El aire estaba saturado de olor a carne asada.

—Aunque interrumpimos en parte el hilo de sus recuerdos en lo que toca a su directa acción en la propaganda de sus ideas, quisiéramos conocer los recuerdos que usted conserva de la guerra con España.

—Mucho podría referirle sobre el particular pero sólo me voy a atener a recordarle algunas de las cosas sobresalientes que despertaron mi atención en ese entonces. Por ejemplo, no olvido que con la medida dictada por el Gobierno de suprimir los derechos aduaneros. El comercio de importación continuó como antes y el país encontró en la baratura del libre cambio una compensación a las dificultades que le creaba la guerra. Además, los ciudadanos dieron el más noble ejemplo de patriotismo: los empleados públicos sugirieron al gobierno la idea de disminuir sus sueldos y el gobierno la aceptó decretando que los sueldos menores de mil pesos sufrieran una disminución de diez por ciento en es essa suma y de cincuenta por ciento en el resto, pero con la obligación que contraía el Fisco de reintegrar esa dis-

minución a los empleados una vez terminada la guerra. En casi todas las empresas particulares se hizo rebaja de sueldos. Recuerdo que los empleados de "El Independiente" ofrecimos a nuestro directorio una rebaja de treinta por ciento de nuestros sueldos quedando así los que teníamos cien pesos mensuales con sesenta y seis pesos y centavos... Pareja había prometido a su gobierno abatir nuestra soberbia e imponernos la paz "en un cuarto de hora"; pero llevábamos ya dos meses de guerra y la cosa iba para largo. El gobierno había enviado soldados a tosos los puertos a fin de impedir cualquier intento de desembarco y, entretanto, se le dificultaba de todos modos su aprovisionamiento a la escuadra española. El 26 de noviembre del 65 la nave española "La Covadonga" venía de Coquimbo para Valparaíso y nuestro buque "La Esmeralda", que se encontraba en Papudo, al mando de William Rebolledo, le salió al encuentro y después de media hora de combate "La Covadonga" se rindió con toda su tripulación, quedando en nuestro poder la correspondencia de Pareja, el código de señales y la bandera que enarociaba. "La Esmeralda" no tuvo ni un muerto, ni un herido. Dos días después, el 28 de noviembre, uno de los cónsules extranjeros residentes en Valparaíso fué a bordo de "La viña ae Madrid", buque insignia de la escuadra española, a conferenciar con Pareja acerca de un reclamo concerniente a su nación. Como Pareja le preguntase si había alguna novedad, el consul le respondió:—"Después de la captura de "La Covadonga" no ha ocurrido nada, si-ino los regocijos populares en tierra". Esa noticia le cayó como un rayo al almirante Pareja. Y, cosa curiosa, un detalle que no olvidaré nunca. Dos días antes de la captura de "La Covadonga" no ha ocurrido nada, si-ino los regocijos populares en tierra". Esa noticia le cayó como un rayo al almirante pareja. Y, cosa curiosa, un detalle que no olvidaré nunca. Dos días antes de la captura de "La Covadonga" no ha ocurrido nada, si-ino los regocijos populares en tierra". Esa noticia le cayó como un ray



Retrato de don Abdón el año 72

comandante en jefe de la escuadra españolo una nota de condolencia a nombre del gobierno ofreciéndole para el almirante una
sepultura honrosa en tierra hasta que su
gobierno o su familia dispusiesen otra cosa.
El comandante de "La Blanca", don Juan
Topete, que después desempeñó un papel tan
importante en España en la revolución que
destronó a Isabel segunda, contestó el mismo día agradeciendo calurosamente el ofrecimiento y diciendo que el almirante había
sido ya seguntado en las aguas del Pacifica mo dia agradeciento caturosamente i oricimiento y diciendo que el almirante había sido ya sepultado en las aguas del Pacínco y que en poco tiempo llegaría su sucesor en el mando, el brigadier don Casto Méndez

Den Abdon Cifuentes, último retrato

guardada. En tuanto al revolver se ocupada en probarlo. Lobo se retiró tranquilo. Oyéronse después varios tiros; el almirante se entretenía en probar sus armas disparando al mar. Después cesó todo ruido...

Eran más de las nueve de la noche y el almirante no salía sobre cubierta ni a recorrer la nave, como tenía costumbre de nacelo. Lobo volvió a su cámara y la encontró vacía. Se acercó al camarote y encontró al almirante tendido y con su traje de gala. Acercóse más y vió entonces que Pareja conservaba en la mano su revolver; la sangre le corría por sobre la casaca y las medallas de honor; una baia le nabla atravesado la cabeza desde la mandíbula inferior hasta la parte subula inferior hasta la parte su-

vesado la cabeza desde la mandibula inferior hasta la parte superior del crâneo...

Los restantes incidentes de la guerra son conocidos pero le voy a referir en cambio un recuerdo curioso que le toca a dos amigos que mucho quise: Carlos Walker Martínez y Javier Larraín Urriola. Pues, es el caso que un día de fines de octubre, estaba ya declarada la guerra, se me aparecieron estos dos amigos en mi oficina de redacción de "El Independiente" y Walker me dijo:

—; Carisimo! vengo a decirle adiós.

-¡Cómo es eso! ¿A dönde bueno?

-Nos vamos a Estados Unidos.

-¿Y a qué? -Vamos a hacer el corso con-.

—Vamos a hacer el corso contra España.

—'Y sus estudios y sus exâmenes? Walker estudiaba leves y Larrafa Ingeniería).

—'Qué estudios ni qué calabazas! (Cuando la patria está en peligro no hay estudios que se tengan! En esta guerra injusta y cobarde que nos hace la escuadra española, porque no tenemos sino un cascarón que oponerle y no podemos hacerle daño desde tierra, es preciso hostilizar al enemigo en el mar y por eso vamos de corsarios. Y entonando un aire marcial dijo: Ya me parece que canto aquella estrofa:

Con diez cañones por banda Viento en popa a toda vela No corta el mar, sino vuela Mi velero bergantin!

-Pero, hombres,-le respondí,ustedes se han vuelto locos! Yo sé que el Gobierno está resuelto a no dar patentes de corso, ¿De dón-de van a sacar dinero, barcos, ca-

no dar patentes de corso. ¿De dónde van a sacar dinero, barcos, cañones y tripulantes?

—En el Ministerio nos han asegurado que se han dado a nuestro Ministro en Washington las fordenes del caso y que allá lo encontraremos todo. Con que ¡adiós!... Y se fueron. Dos días después se embarcaban para ranamá hacia Estados Unidos, Transcurrieron meses y meses y ya me suponía a Walker y Larraín persiguiendo el comercio español en las Antillas cuando estando en Papudo llegó un vapor del sur y el ansia de inquirir noticias me llevó a bordo y lo primero que ví fué a Carlos Walker, quien me refirió luego la historia de sus peripecias: cómo habiendo desembarcado en el Callao se encontraron con el Ministro chileno allí don Domingo Santa María quien les disuadió de su viaje y les indujo a quedarse, pues el esperaba que la escuadra peruana marchase contra la española y en esos buques ellos podían servir a las mil maravillas a que se trataba de una empresa arriesgada. Se embarcaron en efecto y llegaron en los buques barcaron en efecto y llegaron en los buques

oé donde pasaron a "La Esmeralda", Walker no tardó en captarse la condonde Walker no tardó fianza de la tripulación.

e Instrucción Pública, como también don Alejandro Reyes habla reemplazado a don Domingo Santa María en el Ministerio de Hacienda. Con frecuencia sollan reunirse por a noche, en casa del senor frarrazabal, e. señor Tocornal y los Ministros Errăzuriz y Reyes. El señor Irarrăzabal emprendió con los Ministros una verdadera campaña para que nuestro gobierno comprase dos monitores o buques blindados aprovechando la paz razones las siniestras intenciones de España, la muy probable guerra en que nos podía envolver y que la manera cierta de asegurar la paz y la manera más barata de evatar los perjucicos y calamioades de una guerra era tener dos blindados que pudieran imponer respeto a la escuadra española. Los Ministros alegaban que dos blindados importarían dos millones de pesos, gasto que no podría soportar la pobreza de nuestro erario. Nuestro presupuesto de gastos públicos era entonces de diez millones de pesos. El señor Irarrázabal argúla que si venía la guerra los perjuicios del Fisco y del país excedería más de diez veces al importe de los consultar os enstaba porque se les comprase. Los Ministros quedaron de consultar al Fresidente y a sus colegas. Su respuesta fue negativa, no se atrevían a hacer ese gasto. Además, habría que contratar un empréstito en el extranjero, operación que sería deficil. Esta discusión la renovaba constantemente el señor Irarrázabal, quien en un momento de entusiasmo patriótico y de las dificultades que encontraban para el empréstito, dijo:—"Pues biez, yo le presto al gobierno los dos millones de pesos". Su fortuna por entonces no daba para tanto y como tratasen de comprobárselo, agregó: "Yo me obligo a juntar los dos millones con mis parientes y amigos antes que el gobierno necesite pagar los blindados. ¿Qué más quieren? Fijense que el gobierno españa, volvió, una vez más a la carga. Los dos blindados podían comprar a paerentemente para ellos los blindados. ¿Qué más quieren? Fijense que el gobierno estan imperdonables". Cuando, más tarde, fueron ceupadas la recurso de una contribución

ras al gobierno por su imprevisión, llegando a pedir enérgicamente por lo menos el cambio de los Ministros de la Guerra y de Hacienda. Esta fué la primera causa de disgusto del Ministerio contra los redactores del diario, es decir, contra mi y Rodríguez... En muchas ocasiones y aprovechando mi cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y que podía ver con frecuencia al Presidente Pérez, le hablé de la necesidad urgente de adquirir dos blindados, pero siempre mis fundados temores se encontraron con el optimismo del Presidente. Recuerdo que después de una nota recibida del Perú, que nos enviaba nuestro Ministro, don Adolfo Ibáñez, acerca de los rumores que circulaban en Lima-sobre la probabilidad de un conflicto entre Chile y Bolivia, aproveché la ocasión para hacer ante el señor Pérez una última tentativa de mandar construir dos bilindados; pero el Presidente me contestó:

"Siempre don Abdón con sus temores.; Los



Fascimil de "El Independiente"

peruanos conocen bien el valor de nuestro pueblo!"... Pero, en septiembre de 1871 entré a desempeñar la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública; a los pocos dias celebró su primera sesión el Consejo de Estado y mi primera palabra fué para presentar dos proyectos de ley; uno para crear un Ministro especial de Relaciones Exteriores; que ya se hacía indispensable por el excesivo trabajo de ese Ministerio y el otro solicitando del Congreso dos millones de pesos para aumentar nuestra escuadra en nos blindados y doscientos mil pesos más para otra navy destinada al servicio de la colonia de Magallanes. La exposición que hice de los antecedentes relativos a los conflictos frecuentes habidos con el Perú y demás, hizo que los dos proyectos fueran aprobados sobre tabla, por unanimidad el primero y con un voto en contra el segundo, el voto de don José Joaquín Pérez, que junto con descender de la presidencia fué nombrado consejero de Estado por su sucesor don Federico Errázuriz. Los dos proyectos fueron igualmente aprobados por el Congreso y se promulgaron



Don Abdón Cifuentes en su biblioteca

como leyes de la República el 2 de diciembre de 1871 y el 4 de enero de 1872, respectiva-mente. Tal es el origen del "Blanco" y del "Cóchrane" que se encargaron en el acto y que nos dieron la victoria de 1879.

Como la hora es ya muy avanzada nos re-tiramos para volver al día siguiente. Afuera la noche ha cerrado. Llueve sin intermitenla nocae na cerrado. Llueve sin intermiten-cia y un frío inesperado nos azota el ros-tro. La calle de Dicciocho está totalmente iluminada y como el suelo ha sido bañado por la lluvia las luces de los focos se mul-tiplican sobre el pavimento de la calzada. Este día de pieno verano se ha transformado, por un cambio atmosférico brusco, en una anticipación del invierno, que no dejamos de alabar. Bienvenida sea esta lluvia refrescante que ha lavado las sucias hojas de los árboles y nos ha hecho sentir un instante el plácido recogimiento del otoño, propicio a acumulitacionemento. las meditaciones.

Don Abdón nos recibe con un gesto bonda-doso. Lía un pitillo y luego le preguntamos: —¿Su viaje a Europa obedeció a un simple deseo de viajar, una necesidad periouística o a alguna comisión que le encomendó el go-

tuvo por razón una causa particular. -No; tuvo por razon una causa particular. En 1869 cuatro obispos se preparaban para ir a Roma al concilio ecuménico del Vatica-no, a que los había convocado Pío IX. A causa del mucho trabajo, mi profesorado, mi cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, la defensa de una que otra causa en los Tribunales, habían quebrantado gravemente mi salud. Al verme tan flaco y extenuado don Miguel Luis Amunátegui, que era mi Ministro, me dijo un día:—"¿Por que no hace un viaje a Europa? La navegación y el descanso le sentarían bien". Al ocual le respondí que era un remedio muy caro y yo no tenla cómo adquirirlo. Dos días después vinieron a visitarme el presbítero don Joaquín Larraín Gandarillas y don Manuel José Irarrázabal, quienes me ofrecieron diez mil pesos, reunidos entre ellos y algunos amigos, a fin de que pudiera realizar mi viaje a Europa, aprovechando la ocasión de ir en compañía de los señores obispos. Partimos no sín que antes fuera objeto yo de una hermosa manifestación que me ofrecieron los socios de los "Amigos del pais", sociedad política que yo había fundado para ejercitar a los jóvenes en el arte de hablar y de escribir y al que asistieron y brindaron don Federico Errázuriz, don Miguel Luis Amunátegui, don Alvaro Cobarruvias, don Enrique Tocornal, don Zorobabel Rodríguez, don Máximo R. Lira, don Francisco Vargas Fontecilla, don José Tocornal, don Ciraco Valenzuela, don Angel Ossa, don Miguel Ramos Morán, don Ignacio Domeyko, don Carols Morla Vicuña... De mis recuerdos de Europa conservo tantas impresiones que sería cosa larga consignarlas todas.

—¿Conoció a monseñor Dupanloup?

Carols Morla Vicuña... De mis recuerdos de Europa conservo tantas impresiones que sería cosa larga consignarlas todas.

—¿Conoció a monseñor Dupanloup?
—Si; nos detuvimos en Orleans con ese solo objeto. Le hicimos a su célebre obispo una larga visita. Tenía 67 años de edad, pero se conservaba tan ágil como un niño. Sus cabellos blancos hacian contraste con su cutis terso como el de un joven y su rostro rubicundo. No veía nada por un ojo y temía perder el otro. Se levantaba a las cinco de la mañana y trabajaba hasta las diez de la noche. No escribia, dictaba. Todos los días, a las 10 A. M., hacía indefectiblemente en visita al hospital. No usaba nunca fuego y estaba con sus ventanas abiertas, a pesar de que nevaba y hacía frío. Sus encendidas mejillas anunciaban que tenían mucho fuego en sí mismo y su carácter batallador habría bastado a demostralo. Admirado del numeroso catálogo de sus folletos no acertaba a explicarme cómo le dejaban tiempo para ellos las tareas episcopales que entre nosotros no dejaban tiempo para nada a muestros activos prelados.

—¿Tuvo ocasión de estar cerca de Luis Veníllot?

—Estuve en la redacción de "L'Univers" apense llegué a Paría.

—¿Tuvo ocasión de estar cerca de Luis Venillot?
—Æstuve en la redacción de "L'Univers" apenas llegué a París, Luis Veuillot había publicado, traducidos al francés, los dos discursos míos pronunciados en la Câmara en defensa de un proyecto que le asignaba a los obispos que iban al Concilio la cantidad de veinte mil pesos. Además. me dió Veuillot una comida, cuyos recuerdos no olvidaré nunca. Recuerdo que una de sus hijas me preguntó: "¿Usted es chileno?" Y, como yo asintiera ella me dio:—"¿Pero los chilenos no son cobrizos? Probablemente habrían oído hablar de los araucanos y de los pieles rojas. No olvido que en la mesa se sentó a mi izquierda un profesor de filosofía de la Sorbona, con quien trabé conversación, respondiendo a sus preguntas y dándole noticias de la paz octaviana de que disfrutábamos. Pero, de pronto, él me interrumpió: "¿Y cómo pueden ustedes mantenerse en paz con vecinos tan revoltosos? Entonces yo le pregunté: ¿Qué vecinos? ¿Qué vecinos?

¿Qué vecinos?

— De Paris se transladaron a Roma?

— Marchamos a Roma cruzando el sur de Francia. En Marsella recuerdo que un obispo francés nos presentó a la reina de Batavia y a dos de sus damas de honor, que también iban a Roma con ocasión del Concilio. El obispo había convertido a la reina y a su corte e iban desde cuatro mil leguas de distancia, como nosotros, a rendir su homenaje al Vicario de Cristo. La reina y sus dos damas eran negras, de pequeña esta-

tura y vestían de negro, sencillamente, sin ninguno de esos adornos que diesen a conocer su regia estirpe.

cer su regia estirpe.

—En Roma, ¿qué personalidades conoció, entre los políticos, sacerdotes, hombres de ciencia y escritores?

—Conocí y traté a César Cantú, al padre Perrone, acaso el teólogo más notable de esa época, al famoso padre jesuíta Sechi, director del Observatorio Astronómico del Colegio Romano, quien nos mostró sus máquinas inventadas por él, para observar las manchas del sol y otra para observar los fenómenos mesol y otra observar los fenómenos mesol y otra para observar los fenómenos mesol y otra para observar los fenómenos mesol y otra para observ sol y otra para observar las manchas del teoreológicos que fueron premiadas en la Exposición Universal de París; al cardenal Antonelli, secretario de Estado S. S., con quien pude tener una entrevista de más de media hora, a título de ser yo en Chile sub-secretario de Relaciones Exteriores. Me dijo que el Plenipotenciario de Chile don Ramón L. Irarrázabal, había pretendido que la Santa Sede reconociese el patronato del gobierno de Chile como un derecho de la soberanía nacional, lo cual impidió la celebración de un concordato, aunque el Papa estaba dispuesto a otogarlo como una concesión.

—6Le concedió alguna audiencia particular Pío IX?

—Tuve ocasión de copocer de corces estaba dispurado de concesión de conocera de corces estaba dispuesto a otogarlo como una concesión. sol y otra para observar los fenómenos me-

Pío IX?
—Tuve ocasión de conocer de cerca a Su
Santidad Pío IX, primero en una audiencia
que dió como a veinte personas, después del
18 de enero en que recibí la sagrada comunión de sus manos en su oratorio privado,
junto con unas ocho personas más; y, finalmente, el 25 de enero de 1870, en una audiencia privada que se dignó concederme y
que duró unos cuantos minutos, en la cual
pude apreciar la prodigiosa memoria de S. S.
Preguntóme si yo era de La Serena, porque
había conocido a unos Cifuentes allá; si
todavía en Santiago se usaba el mate, que habla conocido a unos Cifuentes allá; si todavía en Santiago se usaba el mate, que las monjas capuchinas, donde iba a decir misa todas las mañanas, porque vivía en la casa de esquina que da frente a la puerta principal de la iglesia, le obsequiaban todos los días después de la misa. Me preguntó por la familia de don Francisco Ruiz Tagle v. nor muchas otras con quienes había cultiy por muchas otras con quienes había culti-vado relaciones el año de 1824. A pesar de sus 78 años parecía que conservaba frescos los recuerdos más insignificantes de su estaen este apartado rincón del mundo.

Bruscamente, por una lejana asociación de ideas, asalta el recuerdo de haber leído en uno de los volúmenes de las memorias de emilio Ollivier un elogio sin reservas para un obispo americano que tuvo una actuación brillante en el Concilio Vaticano. Alguien brillante en el Concilio Vaticano. Alguien ha dicho que esta referencia es para don José Hipólito Salas, quien en el debate sobre la infalibilidad pontificia, había pronunciado una arenga brillante cuyo buen éxito fué unánime. Tal recuerdo nos induce a preguntarle a don Abdón:

—¿Es cierto que la actuación del obispo de la Concepción, monseñor Salas, fué en el Concilio honrosa para Chile nues significa una bellis.

ra Chile, pues significó una bellísima sorpresa dada por un prelado

americano?

—En efecto, tuve ocasión de sa-ber por algunos obispos que en el debate sobre la oportunidad de de-finir la infalibilidad pontificia, debate que duró dos meses en el se-no del Concilio, había tocado a nues-tro obispo, don José Hipólito Salas, pronunciar una de las más elocuentes arengas que se overon en esa asamblea en favor de la declaración inmediata de la infalibilidad. Difé-ronme que había comenzado su discurso declarándose como chileno, nublicano y demócrata, lo que había provocado a la asamblea señaladas muestras de désabrobación. Pero al entrar al fondo del asunto habío con tan abrumadores razonamientos, con tan enérgica valentía, con tal elo-cuencia, que al concluir su discurso

la asamblea estalió en calurosos aplausos; la sesión se suspendió en obsequio del orador y fué llevado como en triunfo a la sala de descanso, donde se le prodigaron entusiastos elogios. Felicitándolo yo después por su noble triunfo, el señor Salas me contestó: "Tamblén yo he blandido en el concilio mi lanza araucana y bendigo a Dios porque ha querido que el nombre de mi amado Chile y de mi amada diócesis hayan sido honracos en tan augusta asamblea".

Minuciosamente nos refiere en seguida don

desagradables incidencias de haber sido tomado por espía en más de una ocasión, cuando se declaró la guerra de 1870; luego su viaje a Inglaterra y, por fin, a Estados Unidos donde le deslumbró el vertiginoso progreso alcanzado por ia enorme república yanki, la aptitud de su espíritu de tolerancia y el verdadero respeto de toda libertad.

Regresó a Chile don Abdón a fines de febrero de 1871, habiéndose embarcado en Nueva York para Colón, pasando por Jamaica. En Colón tomó el ferrocarril a Panama donde estuvo un día esperando la salida del vapor que debía conducirlo a Valparaíso, haciendo escala en Guayaquil un día y tree en el Callao, lo cual le permitió ir a Lima y recorrer la vetusta y hermosa ciudad de los virreyes.

los virreyes.

Vuelto a Santiago reasumió su puesto de profesor en el Instituto Nacional y su cargo profesor en el Instituto Nacional y su cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, del cual ya no era Ministro don Miguel Luis Amunătegui sino don Belisario Prat. Poco después de llegar a Santiago comenzó a agitarse extraordinariamente el asunto de la elección presidencia, pues don José Joaquín Pérez terminaba su período el 18 de sentiembre de ese año de período el 18 de septiembre de ese año de 1871. El partido liberal, que antes había es-tado indeciso entre don Alvaro Covarrubias y don Federico Errázuriz, se decidió por



Otro retrato de don Abdón en su biblioteca

Errázuriz. El partido montt-varista presen-taba como candidato al acaudanado senor don Jose Tomás Urmeneta, apoyado también por los radicales. El partido conservador se na-bía decidido por Errázuriz.

- Que circunstancias presidieron cuando entrada al Ministerio de Justicia e Instruc-

el Congreso el -En visperas de abrirse el Congreso el 1.0 de junio, el señor Prat, Ministro del In-terior y de Relaciones Exteriores, me pidio, terior y de Relaciones Exteriores, me pudo, a nombre de S. e. el senor rece., que yo le redactase el Mensaje con que el Presidente acostumbra inaugurar las sesiones del Congreso. En él traté de sintetizar la hábil y liberal política con que el señor Pérez había sabido ananzar la paz de la República y la sabido ananzar la paz de la República y la estabilidad de nuestras instituciones constitucionales, sin menoscabo de las inoertaues de los ciudadanos, sin haber pedido nunca facultades extraordinarias. Cuando el señor Pérez leyó el Mensaje, me ujjo: "Le agradezco estos pasajes en que usted juzga al pals y a mi gobierno. En pocas palabras pinta usted con mucha exactitud la verdadera norma de mi política". Desde que en 1867 logré atajar la reforma atropellada de a Constitución de 1823, el señor Pérez me 1867 logre atajar la reforma atropellada de la Constitución de 1833, el señor Pérez me dispensó su confianza y en visperas de dejar la Presidencia, estando ya elegido don Fe-derico Errázuriz, el señor Pérez le aconsejó, como vine a saberlo mucho tiempo despues, que me nombrase Ministro. Efectivamente, como vine a saberio inucio tempo despues, que me nombrase Ministro. Efectivamente, en los primeros días de septiembre del 71, el señor Errázuriz vino a mi oficina a ofrecerme el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública... Puesto que rehusé varias veces y que al fin acepté saivo el caso que el gobierno se resolviese a aceptar en el país la libertad de la enseñanza idea que el señor Errázuriz aprobó mostrandose resuelto a ello. Pasadas las fiestas patrias, el 20 de septiembre, el Presidente nos lamó al primer Consejo de Ministros y luego se trató de proveer muchos destinos: gobernaciones, secretarías de legación, oficiales mayores de Ministerios, secretarías de Intendencia, etc. El Presidente pidió que se intendencia, etc. El Presidente pidió que se indicaran algunos Jóvenes que pudieran desempeñar tales puestos. Mis colegas mencionaron algunos y ome acerqué a la mesa de escritorio y comencé a escribir los nombres naron algunos. Yo me acerqué a la mesa de escritorio y comencé a escribir los nombres de los jóvenes más distinguidos que conocía, como Zorobabel Rodríguez, Carlos Walker. Ventura Blanco, Francisco González Errázuriz, Enrique del Solar, Máximo R. Lira, Rafael B. Gumucio, Raimundo Larrain, etc. Altamirano, liberal de toda confianza del Presidente, se acercó a la mesa, recorrió la lista y dijo: "¡Pero esos no pueden ser nombrados?"

brados!"

—;Cómo! ¿Por qué no pueden ser nombrados? ¿Por qué? —Porque son soclos del amigo del país, me respondió.—;Porque no son Amigos del País? ¡Sabe que me gusta! Entonces yo no debo estar aquí, porque soy fundador y presidente de esa sociedad. Tampoco debe estar aquí el señor Presidente, porque también es Amigo del País!

—;Clerto, señor, que usted es Amigo del País?—preguntó Altamirano al señor Errázuriz.

A lo que el Presidente contestó con un si tan embarazoso, como si mi imprudente re-velación lo hubiera desconcertado ante los liberales Altamirano y Cobo y ante el escép-tico Pinto... Desde entonces comprendí que no debía contar en el Ministro del Interior un auxiliar y un amigo, sino un contradictor que, seguramente, contaría con el apoyo de un auxiliar y un amigo, sino un contradictor que, seguramente, contaría con el apoyo de los otros Ministros y que yo me encontraría aislado. En aquellos días en que yo conversaba con uno de mis amigos conservadores sobre ésto, me dijo: "Yo pregunté a Federico por qué había nombrado tres Ministros liberales y un sólo conservador, cuando lo justo habría sido nombrar dos de cada partido." El contestó: "—; Para qué quieren más si ustedes me tienen a mí, que valgo por aos. Conmigo y Cifuentes tienen los conservauores tres -Respecto del proyecto de la supresión de

los examenes anuales, en el que usted pro-curó impedir el monopolio del Estado sobre curó impedir el monopolio del Estado sobre dichos exámenes, ¿que recuerdos conserva?

—Despues de conseguir que se iniciaran algunos proyectos que habia elaborado en los primeros meses de mi Ministerio y cuando tenía listo el proyecto sobre examenes de que usted me habia, indique al Presidente la necesidad de presentario. El señor Errazuriz me contestó que como esa reforma iba a chocar con la costumbre establecida desde tantos años era probable que despertase mucha oposición y, por lo tanto, valla la pena aguardar que se cerrase el Congreso. El Congreso se cerró a fines de diciemore y conforme a lo que me habia pedido S. E., le iel Congreso se cerró a fines de diciemore y conforme a lo que me había pedido S. E., le supiqué que tratásemos de la libertad de enseñanza particular, a lo que accedió llevando yo mi proyecto al Consejo de Ministros. La ley de 29 de noviembre de 1842, que organizó la Universidad oficial de Chile y le otorgó por el artículo 16 el monopolio de los grados universitarlos de bachiller y llecnciados indispensables para el ejercicio de las profesiones liberales, disponía por el artículo 15 que los exámenes anuales de cada tículo 15 que los exámenes anuales de cada ramo, tanto de los colegios nacionales como ramo, tanto de los colegios nacionales como particulares serían presenciados por una comisión de la Facultad respectiva nombrada por ella. En virtud de esta disposición, el mismo año 42 las diversas racultades de la Universidad nombraron a algún miembro de Universidad nombraron a algún miembro de ellas que fuese a presenciar exâmenes del Instituto Nacional, del Seminario o de otros colegios y pasasen informes acerca de ellos. Pero en octubre de 1843 el Rector de la Universidad consultó al Ministro de Instrucción, don Manuel Montt, acerca de la verdadera inteligencia del artículo 15 de la ley; y el Ministro contestó la nota de 27 de octubre, a nombre del Presidente de la República: "Que los exámenes que deben dar los alumnos de los establecimientos de esta capital para pasar de un curso a otro, así en los estudios científicos como en los literarios, no necesitan ser presenciados por comisiones de las Facultades de la Universidad, bastando para Facultades de la Universidad, bastando para su validez que sigan rindiéndose, como hassu validez que sigan rindiêndose, como has-ta ahora, ante el rector y profesores del Ins-tituto Nacional. Luego, a juiclo del Gobier-no y de la Universidad, el artículo no se re-fería a los exámenes de cada ramo que los alumnos rendían en cada colegio para pasar de un curso a otro, puesto que el artículo 15 de un curso a otro, puesto que el artículo 15 dispone que esos exámenes debían ser presenciados por una comisión de la Facultad respectiva, y el Gobierno, interpretando ese artículo, declaraba que los exámenes de cada ramo no necesitaban ser presenciados por comisiones universitarias. Así, pues, a juicio del Gobierno, la ley del 42 había dejado libres esos exámenes... Yo propuse que, en conformidad con la ley, los colegios del Estado quedasen eximidos de recibir los exámenes de unos y otros colegios se findiesen en sus respectivos establecimientos, es decir, fuesen condición del régimen interno de cada colegio, reservando el monopolio de la Universidad del Estados a los grados de bachiller y licenciados. Mis razonamientos parecieron inútiles: la libertad de los estudios tomaba muy de nuevo a mis colos estudios tomaba muy de nuevo a mis colegas liberales, quienes manifestaron mucho miedo a lo desconocido y excesivo apego a la costumbre en que habían vivido. El 13 de enero del 72 quedó redactado el decreto con algunas modificaciones y el día 15 se lo llevé para la firma al señor Errázuriz, con la intendidad de la contra del la contra de la contra del la contra del la contra de la contra del la cont para la firma al señor Errazuriz, con la in-tención de publicarlo al día siguiente. Pero el Presidente me dijo: "No lo publique ma-ñana: porque el mismo día se van de vera-neo los Amunategui y Barros Arana y si-

ven el decreto en los diarios de la mañana son capaces de quedarse y venir a molerme la paciencia y tormar grande alboroto. Publiquelo el 17, cuando ellos estén fuera de Santiago". Así lo hice. Por de pronto no me expliqué este temor del señor Errazuriz, desde que, como me lo dijo cuando fué a ofrecerme el Ministerio, hacía tiempo que había ofrecido a los caudillos conservadores supriente al monopolio del Instituto de las extractival monopolio del Instituto de las extractivamentes del constitución del mental del mental del mental del mental del del constitución del mental del mental del mental del del mental del mental del mental del del mental del del mental del men mir el monopolio del Instituto de los examenes anuales y, aún más, separar a Barros Arana de ese establecimiento, compromiso de que yo lo había libertado. Más tarde me lo explicarón varias amigos de Barros y de Amunátegui, entre ellos uno de mis propios colegas de Gabinete. Ellos me aseguraron que Errázuriz les había prometido, como gaje de su intima amistad, no tomar medida alguna relativa al Instituto sin su previo conocimiento y consentimiento. Estas dos y contradictorias promesas me explicaron sus mir el monopolio del Instituto de los examecontradictorias promesas me explicaron sus vacilaciones durante la discusión del decreto y sus temores de que éste se publicara el día 15. El 17 de enero hice publicar en "El Independiente" el decreto al pie de un editorial mfo, en el cual lo juzgaba muy friamente, tachándolo de timico y mezquino. Aplaudía en el editorial que en él se hubiese restablecido la igualdad entre los colegios natacales y particulares ordenada por la lay cionales y particulares, ordenada por la ley del 42: pero deplorable que las condiciones y requisitos minuciosos confiados a la Universidad para la validez de los exámenes, en el artículo 1.º importaba trasladar a la Universidad la tutela que antes ejercía el Instituto. Esta fué la estratajema de que me vali para ver si "El Ferrocarril" aplaudía lo que el "Inde-"El Ferrocarril" aplaudía lo que el "Independiente" censuraba. Dicho y hecho: "El Ferrocarril" aplaudís y luego "El Mercurio" y "La Patria" de Valparafso aplaudieron igualmente el decreto. Al día siguiente, apenas flegué al Ministerio, el señor Presidente me hizo llamar a su despacho. Estaba contentísimo: "—Venga usted, me dijo, a leer los editoriales de "El Ferrocarril", de "El Mercurio" y "La Patria". Toda la prensa aplaude nuestro decreto del 15; solo "El Independiente" aprueba de mala gana, pero aprueba"; y se puso a leer los artículos de los diarios. los diarios.

—¿Esa fué la causa de la gran sublevación en el Instituto Nacional, que trajo como consecuencia la separación de don Diego Barros

Arana?

Arana?
—Esta y, además, otro decreto, el de 30 de enero del 72, que concedía derecho a los jóvenes para que estudiasen ramos sueltos de leyes, pudiendo matricularse y rendir sus exámenes en cualquiera de las clases del curso universitario... Todas estas medidas promovieron en el señor Barros Arana y en todos los perjudicados de la enseñanza universitaria una violenta animaversión contra el Ministro de Instituto en un campamento de resistencia y como era natural. la discipliresistencia y, como era natural, la discipli-na comenzó a relajarse rápidamente. Los alumnos internos se sublevaron dos veces. alumnos internos se sublevaron dos veces, asaltando el establecimiento so pretextos fútiles. Estos escándalos públicos obligaron al Gobierno a nombrar una comisión compuesta por algunos miembros de la Universidad y de algunos senadores y diputados para que informasen sobre el estado del Institución de la compuesta de tuto e investigase las causas de los desórdenes. Esta comisión evacuó un largo informe que yo puse a la disposición de los diputados para su privada información. Los cargos que se desprendían del informe eran algunos suse desprendian del informe eran algunos su-mamente graves y probaban que el estable-cimiento estaba profundamente desmorali-zado y que la disciplina no existía; de lo cual se desprendía que era necesaría una me-dida radical y desde luego el cambio del rector. Opiné, pues, por la separación del se-ñor Barros, pero en vista de la oposición de mis colegas de Gabinete y de la actitud conciliadora del Presidente, se dictó un decreto que entregaba la dirección del establecimiento a dos personas, siendo una el señor Barros y la otra el señor Camilo Cobo, muy amigo del señor Barros Arana. Pero bien pronto renacieron las dificultades y la falta de disciplina del colegio llegó a su colmo; también se suscitaron graces dificultades en también se suscitaron graces dificultades en de disciplina del colegio llegó a su colmo; también se suscitaron graves dificultades entre el señor Barros y el señor Cobo, lo que dió origen al decreto de 27 de febrero del 73, en que se limitaban más aún las facultades del señor Barros Arana. Esto indignó al señor Barros, quien atizó entre los alumnos la rebellón contra Cobo, hasta que éste presentó la dimisión de su cargo. La situación se hacía imposible ya y díó origen al decreto



En el fondo de su huerto

de 12 de marzo, que decla así: "Suprimase el cargo de delegado en las dos secciones del Instituto Nacional. En adelante la sección universitaria correrá a cargo del Rector de la Universidad, quien asumirá las funciones de delegado universitario, y la sección de instrucción secundaria correrá como antes exclusivamente a cargo del rector del establecimiento". Se separaba a Barros después blecimiento". Se separaba a Barros después de once años de la dominación absoluta que había ejercido en el Instituto, gracias a que había podido disponer del Ministerio de Instrucción, ocupado casi siempre por sus más complacientes amigos. Como vo lo prevela, se-produjeron en el Instituto violentos desórdenes hasta que el Presidente mandó que se denes hasta que el Presidente mando que se cerrase el establecimiento hasta que se tomaran todas las medidas necesarias. Entre tanto, durante toda la semana que transcurrió entre el 9 y el 15 recibi, por diversos conductos, noticia de que se preparaba un ataque contra mi casa y que los asaltantes

se preparaban para incendiarla y si era po-sible asesinarme. Di parte de estos denun-cios al comandante de policía. En la noche conversaba con don Maximiano Errázuriz, conversaba con don Maximiano Errăzuriz, cuando una partida armada penetró hasta el zaguán de mi casa, arrojando piedras contra c zadores y dispersaban a los manifestantes. En la asonada hubo algunos heridos. Como a las diez de la noche me dirigí a casa de S. E., le expuse brevemente lo ocurrido y le hice renuncia verbal de mi puesto. Lo del suceso, que ya conocía por otros conductos, no le causó la menor extrañeza, no me dijo una sola palabra que revelase sentimiento o enojo, sino que, con la mayor frialdad, me dijo, respecto de mi renuncia, que lo pensase un poco más, que no reselviera bajo la impresión del momento, y me retiré.

Calla un instante don Abdón como abrumado por el peso de aquellos recuerdos tan

mado por el peso de aquellos recuerdos tan poco gratos; pero, bien pronto el luchador que hay siempre despierto en él se sobrepone y olvida la nube de amargura del instante.

el motivo que determinó la tura de los conservadores con el señor Errá-

El señor Cifuentes reflexiona algunos mo-mentos y, como habría dicho Campoamor:

Pasa una larga historia por su frente.

Después me contesta:

Descues me contesta.

-Tengo mucho aprecio, verdadero cariño por varios de los parientes del señar
Errázuriz y quiero hacer a su amistad el homena le de mi stenzio.

Qué recuerdos conserva de las violentas disenciones promovidas durante el Gobier-no de Santa María con motivo de la elección de Arzobispo y con motivo de la ley de ce-

-; Ah! qué días tan terribles fueron aque--:Ah! qué días tan terribles fueron aquellos. Para qué repetir todos los incidentes
dolorosos, todos los recuerdos nefastos. No
olvido que yo estaba en Valparaíso aprovechando las vacaciones para restablecer mi
salud cuando recibí la noticia de la insolente expuisión del Delegado de Su Santidad,
lo cual produjo en mi espíritu un estallido
de indignación. Recuerdo que por subscripción se prenaró un tren especial que fuese a
encontrar al Delegado en Llay-Llay y lo
acompañase, hasta Santa Rosa de los Andes.
En el trayecto se nos fueron agregando mu-En el trayecto se nos fueron agregando mu-chos otros caballeros de Quilpué, Limache y Quillota, de modo que al llegar a Los Andes el acompañamiento del Delegado era tan enorme como distinguido, sel de cacardotes ei acompañamiento del Delegado era tan enorme como distinoggido, est de como de seglares. El párroco de Los Andes había preparado a monseñor del Frate un almuerzo que resultó un gran banquete, al cual fueron invitados muchos de su comitiva. Tocóme a mí hablar en esa manifestación, pronnuciando un brindis de despedido. El Vicario Capitular, don Joaquín Larraín Gandarillas, que era uno de los acomañantes del Delegado, me dijo: "Es coincidencia singular que su señora hava sido la cue digidi la palabra de despedida al señor Delegado en la madrugada de hoy en Santiago legado en la madrugado de hoy en Santiago
e le hava tocado a "sted despedirlo más tardo en Los Andes"... Yo no lo había sospechado peroue estaba y venía de Valoarafso.

— Y los incidentes que produjo la ley de

cementerios?

—Cuando le fué prohibido a los católicos enterrar a sus muertos en los pocos cementerios católicos o parroquiales, obligândolos a enterrarlos en los cementerios execrados.

entonces se comenzaron a ver obligados a llevar los cadáveres de sus deudos en busca de alguna tierra bendita, escondidos, a las altas horas de la noche. Advertido de ello el Gobierno, hizo cercar de tropas los cemente-rios católicos. En el Cementerio Católico, que hacía poco se había comenzado a construir, en Santiago se mantivo su entrada y a sus alva-Santiago, se mantuvo su entrada y a sus alre-gún cadáver. Entonces comenzó la caza le cadáveres porque la piedad cristiana se ingeniaba de mil manera y arbitraba disfraces diversos para burlar la vigilancia de los tiranos, como ocultar en las casas que hubiese un enfermo grave, para despistar a la unicia, la cual, donde se sospechaba que hubiese un enfermo grave, en el acto custodiaban la casa y rodeaban la manzana para impedir que los deudos pudiesen llevarse el cadáver al través de las casas vecinas. Pero la piedad filial inventaba también mil estratajemas para burlar a los sayones. Recuerdo que don Manuel G. Balbontín, nuestro secretario del consejo general de La Unión Cacretario del consejo general de La Unión Ca-tólica, después de ocultar rigurosamente la enfermedad y muerte de su señora madre, finenfermedad y muerte de su señora madre, fin-gió la mudanza de una sirviente de su casa, que se llevaba su cama y sus trastos en una carretela, como se ve con frecuencia en nues-tras-calles, y para poder envolver el cadáver en las ropas de la falsa cama, se vió en la terrible necesidad de quebrar las piernas a su madre y así disfrazada la maniobra, la carretela salió de Santiago seguida de lejos por el bija procurando llegar de noche a un carretela sino de santago segunda de lejos por el hijo procurando llegar de noche a un cementerio católico del campo, donde pudo dar entierro cristano a su madre. Pero nada de ésto era comparable con las escenas salvajes que solían producirse en las calles de las ciudades y en los caminos de los campos cuando las policías olfateaban algunos de es-tos cargamentos, de cadáveres fugitivos y se tos cargamentos, de cadaveres fugitivos y se lanzaban, bala en boca y sable en mano, a detener a los conductores y a arrebatar a los deudos su triste carga para conducirla a la fosa común del cementerlo laico. ¡Qué de escenas de violencia escandalosa de los unos: de protestas, de lágrimas, de sollozos de los otros; de maridos que defendían el cadáver de su esposa, de hijos que defendía el de su

—¿Qué relaciones mantuvo usted con don José Manuel Balmaceda antes de la revo-lución del 91?

—Casi no las tuve con él de ninguna espe-cie. Como católico no podía yo mirar con buenos ojos su actuación durante el Gobier-no de Santa María. Además, recuerdo que cuando realice mi viaje por el sur del país, fundando la Unión Católica, un diputado ra-dical interpeló al Ministro Balmaceda pre-cuntando que medidas había tomado el Goguntando qué medidas había tomado el Goguntando què medidas habla tomado el Go-bierno contra esos fanáticos-que andaban al-borotando al pueblo. A lo que Balmaceda respondió con el más altanero desprecio: "Dejadlos que se defiendan con sus oracio-nes y la práctica de las virtudes celestiales". Como dolido por el recuerdo súbito que ésto le evoca, don Abdón dice: —;Y pensar que luego fuera a acaber tan mel más tande!

Dice y se queda pensando largamente, mi-rando sin mirar, a través de los cristales de la ventana que enciende un sol moribundo en un incendio rojo.

-Deseariamos oir de sus labios-le deci-Deseariamos oir de sus iabios—e deci-mos—la historia minuciosa que presidió en la redacción del acta de denosición del Presiden-te Balmaceda: su redacción, las copias que de ella se hicleron, la ceremonia de la firma nor la Junta constitucionalista que, según hemos oldo referir, fué un acto solemne, con cierto caracter girondino.
Al oir esto, don Abdón se sonrie un instante y luego exclama:

Así fué, pues. Hubo en esa conspiración algo de solemne y de teatral. Va usted a verlo. La Junta que se llamó constitucional, o de resistencia constitucional y que otros llamaron revolucionaria, se compuso al principio, esto pasaba en el mes de octubre, de los cinco miembros que formaban la Junta Ejecutiva del partido conservador, a saber: don Manuel Irarrázabal, don Zorobabel Rodríguez, don Carlos Walker, don Ventura Blanco y yo; y los cuatro representantes del cuadrilátero, que eran don José Besa, por los nacionales. don Manuel Recabárren, jete del partido radical; don Eduardo Matte, por los liberales; y don Isidro Errázuriz, por los mocetones o los sueltos. Estos mantrescaron que siendo los conservadores cinco debían ser ellos también cinco, a lo que los conservadores contestaron que entre ellos cuatro eligiesen un quinto y eligieron a don Belisario Prat. De esta manera la Junta quedó compuesta de diez... Cuando, ya se trasparen.

cuadrilátero, que eran don José Besa, por los nacionales. don Manuel Recabárren, jefe del partido radical; don Eduardo Matte, por los ilherales; y don Isidro Errázuriz, por los moctones o los sueitos. Estos manuestaron que siendo los conservadores cinco debían ser ellos también cinco, a lo que los conservadores contestaron que entre ellos cuatro eligiesen un quinto y eligieron a don Belisario Prat. De esta manera la Junta quedó compuesta de diez... Cuando, ya se trasparentaba la resolución de Balmaceda de ir a la dictadura, se resolvió encomendar al señor don Enrique Macliver y a don Demetrio Lastarria la redacción de un documento que justificase la deposición del Presidente y que pudiese estar firmado por todos los congresales de la oposición para el caso que el señor Balmaceda asumiese la dictadura. Quedó comisionado el señor don Isidoro Errázuriz para emcomendar este trabajo a los señores Mac-Iver y Lastarria. En el curso de los meses de noviembre y principios de diciembre se interrogó varias veces al señor Errázuriz sobre la redacción. de este documento que la Junta deseaba conocer. El señor Errázuriz contestó que el señor Mac-Iver tenía redactado ese documento pero nunca pudo traerlo a la Junta. Considerando ésta que el tiempo urgía, el señor Prat ofreció redactarlo el y trajo un borrador que no ilenó los deseos de la Junta, por lo cual se insistió en pedir el que se decía que había redactado el señor Mac-Iver El hecho fué que en la noche del sábado 27 de diciembre de 1890, estando yo tomando el te en casa del señor Irarrázabal con don Ventura Blanco, a esó de las II de la noche, se aparecieron don Carlos y don Joaquín Walker Martínez y dijeron que venían de la casa de don Eduardo Matte, donde lestaban reunidos los otros miembros de la Junta, ninguno de los cuales quería firmar el acta de desocuales quería firmar el acta de desoc

que había redactado el señor Macliver. El hecho fué que en la noche del sábado 27 de diciembre de 1890, estando yo tomando el te en casa del señor Irarrazabal con don Ventura Blanco, a esó de las 11 de la noche, se aparecieron don Carlos y don Joaquín Walker Martínez y dijeron que venían de la casa de don Eduardo Matte, donde lestaban reunidos los otros miembros de la Lunta, ninguno de los cuales quería firmar el acta de desosición de Balmaceda redactada por el señor Mac-Iver; en razón de que no justificaba debidamente el acto y que iban a pedir al señor Irarrázabal que la redactase 6l. Tanto éste como el señor don Ventura Blanco se negaron en absoluto a hacerse cargo de ella y trataron de imponerme a mí esa tarea. Como, según los deseos de la Junta, ese documento debía estar redactado y firmado por los congresales antes del 1.0 de enero próximò, yo también me excusé de la redacción de ese serio documentos pedido con tanto apremio. Pero, como era tan indispensable y me rogaban que debía formularlo para el domingo siguiente, a las 2 de la tarde, al fin acedí a ello, aunque no tuve ocasión de conocer el acta redactada por el señor Mac-Iver. Quedaron los miebros de la Junta de ir al día siguiente, domingo 28, a mi casa, situada en la calle de Vergara, en donde irían en orden disperso para despistar a la policía, que nos expiaba con mucho ahinco. En efecto, al día siguiente estuvieron en mi casa, les leí el borrador del acta. Los colegas aprobaron y me encargaron sacase dos ejemplares, que debía levar a la reunión que a las ocho de esa noche debía tener lugar en casa del señor Ira-

rrazabal. En efecto, a esa misma hora estuve con mis dos ejemplares, que la Junta aprobó nuevamente. Pero uno de sus miembros hizo presente que antes de firmarla crela conveniente se la pusiese en conocimiento del general Baquedano, que había convenido en ser el jefe de la revolución en tierra! Se comisionó al señor Irarrazababa po a que h. Lese esta consulta al general en la mañana del lunes 29 de diciembre, a fin de tener su contestación en la nueva reunión que debiamos celebrar el día lunes, a las 4 de la tarde. En esa reunión el señor Irarrazabal anano cuenta de su comisión, dijo que había mostrado el acta al general, el cual llamó a don Máximo Lira para que la conociese y le diera su opinión. Este encontró el acta perfectamente, a lo que Baquedano contestó que no le pareoía bien, porque al final de ella se le hacía aparecer mencionándolo, lo que él no aceptaba de ninguna manera: "Por ahí pueden pillarme; nó, el nombre en blanco, en



Don Abdón Cifuentes en su sala de trabajo

blanco". Era el caso que al final yo le había agregado un cogollo en honra uel general, que decía más o menos: "Y vos, general, que habéis conquistado tantas glor as "ara la patria, coronad vuestra vida restableciendo el imperio de la Constitución y de las leyes". Este cogollo, que lo descubría, fué lo que echazó perentoriamente el general y fué menester suprimirlo escribiendo de nuevo los os ejemplares. Se me encomendó esta escritura que debía estar pronta para nuestra reunión de las ocho de la noche por razón de la urgencia del tiempo; pero como a mí se me había encargado otra comisión más importante, que era la de ir a mendigar algunos fondos para la sublevación del Ejército, el señor Irarrázabal se encargó de hacer las dos copias que no pudo terminar sino a las ocho y media de la noche, hora en que estaba reunida toda la Junta, con excepción del señor Errázuriz, que se encontraba en Valparaíso. Esta fué la razón por qué el acta quedó escrita con letra del señor Irarrázabal y que tanto la escritura como "redacción fueron tan precipitada, que no debe extrañarse el desaliño con que aparece la redacción del documento... En seguida pro-

cedieron todos los miembros de la Junta, que eran congresales, a firmarla; una vez fir-mada, el señor don Manuel Recabárren advirtió a sus colegas que esta acta podía cos-tarles la cabeza y que no habían tomado precaución alguna para guardar el debido sigilo acerca de ella. El señor don Eduardo utte, ponderó el peligro que corrían y que indispensable tomar alguna precaución señor Recabarren propuso que todos ellos jurasen no revelar quiénes subscribían el qujurasen no revelar quienes subscribian el do-cumento mientras corriesen algún riesgo sus cabezas. Aceptada la idea, yo que no pertene-cía al Congreso y que estaba haciendo de se-cretario, me presté para tomarles el juramen-to. Todos ellos, puestos de pie, prestaron el-juramento mencionado... En seguida don Eduardo Matte manifestó que como este do-cumento debía estar firmado por todos los congresates de la oposición y que mucnos de ellos no ofrecían la suficiente conflanza o ellos no ofrecían la suficiente confianza o garantía para guardar el siglio, era preciso discurrir algún medio para conjurar el peligro, a lo cual el señor don José Besa con-testó proponiendo que como todos ellos eran jefes de sus respectivos partidos, propusiejefes de sus respectivos partidos, propusiesen a casa amigos que concurriesen a casa aci señor li... azabal a firmar el acta sin leerla y sin que conociesen qué clase ue co-cumento era, como un acto de conflanza que se necesitaba jara los efectos de la revolución. Y así sucedió. Todos los congresales fueron poco a poco concurriendo a la casa del señor Irarrázabal y firmando el acta en barbecho. No hubo más que uno que se resistió a firmar sin conocer el documento, diciendo que o se tenía confianza en él y se le ciendo que o se tenía confianza en él y se le dejaba leer o no se tenía, y en ese caso su firma nada valía. Fué el señor don José Clemente Fabres, a quien el señor Irarrazacon consintió, en fin, y le dejó leer el acta. Al concluir su lectura el señor Fabres exclamó: "No sólo una sino cien firmas si so." De esta manera y con dos mil precau-ciones se logró que el acta quedase firmada por diputados y senadores de la oposición el o de enero, enviándose un ejemplar al nor don Jorge Montt, que debía ser el jefe de la escuadra y el otro al general, que de-bía ser el jefe de el movimiento de tierra.

-¿Apenas comenzó el movimiento de tierra.
-¿Apenas comenzó el movimiento revolucionario se ausentó de Santiago? ¿Corrló muchos riesgos y sufrió muchas persecuciones de parte de los gobiernistas?

—El alzamiento de la escuadra, acordado para el 3 de enero, no se verificó; el mismo día 3 yo partí a los baños de Chillán, con dos de mis hijos, al menor de los cuales los médicos envisban a los baños. Allí supimos el 9 de enero la sublevación de la escuadra, que se había verificado el 7 del mismo mes. Permanecí hasta el 14 y al regresar a Chi-llán el coche se nos volcó en una ladera. quedando todos bastante maltratados. Desquedando todos bastante mattratados. Des-pués de muchas penalidades llegamos a Chi-llán, donde nos hicieron las primeras cura-ciones. Al día siguiente partimos para Con-cepción y de ahí a Lota, para tomar el va-por que debía conducirnos a Valdivia, a donde los médicos mandaban también a mi hijo enfermo. Apenas había llegado a Lota nijo entermo. Apenas nabia liegano a Lota un oficial me redujo a prisión por orden del comandante de las fuerzas que allí estaban destacadas. Se me puso preso por opositor conocido, y como yo le arguyese que ese de-lito no existía en nuestros Códigos y le exigiese la orden de arresto que exigen nuestleyes, me contestó que allí no había leyes ni cosas que lo vallese y que marchase sin di-lación, como lo hice. Como yo llevase una lación, como lo hice. Como yo llevase una carta de recomendación del administrador del caria de recomendación del administrador del establecimiento de Lota, señor Esquella, para que se me alojase en él y se me atendiese debidamente porque iba con un hijo enfermo en dirección a Valdivia, encargué a mi hijo mayor que llevase esta carta a la oficina del establecimiento para que se me dispensase alguna protección. Ahí mi hijo

encontró al gobernador del departamento, se-ñor Sánchez, quien había puesto mi prisión en conocimiento del Intendente de Concepen conocimiento del Intendente de Concep-ción, señor Sanfuentes, el cual le dió por te-légrafo la orden de darme cien palos por de pronto. Al leer el señor gobernador este te-legrama en presencia de mi hijo Luis Eduar-do, aquel le dijo: "—No tema usted que se le toque a su señor padre mientras yo esté aquí de gobernador, proprios y padre de sobernador. le toque a su señor padre mientras yo este aqui de gobernador, porque su padre fué mi profesor en el Instituto Nacional y conservo de él un cariñoso recuerdo..." Habiendo prevenido yo a mi hijo que viese al juez para que me tomase bajo su protección y me iniciase el correspondiente proceso, el juez llegó a poco con mi hijo a la prisión y por la ventana de ella, que daba a la calle, me dijo el señor juez: "—Siento mucho, señor, no poder apmararlo porque aquí nadie me hace der ampararlo porque aquí nadie me hace caso. Aquí no impera ni la Constitución ni las leyes, no se conoce aquí más que la fuerza bruta." A eso de las 12 del día el Intendente Sanfuentes llegó a Lota en un tren expreso y reconviniendo en el hotel al gobernador porque no me había aplicado los cien palos, éste le mostró la carta del señor Esquella que comprobaba mi inocencia, puesto que yo me dirigia a Valdivia con un hijo en-fermo. Entre el gobernador y una señorita Formas, que había interpuesto a mi favor la influencia que tenía sobre Sanfuentes, de quien era, al parecer, muy amiga, el Intendente convino al fin en dejarme libre, ofreciéndome el mismo tren en que él había vestido ma la constitución de la cons nido para regresar a Concepción. .. La verdadera causa de mi prisión había sido mo-tivada por lo siguiente: había yo convenido con mi señora de que todas sus cartas me mi señora de que todas sus cartas me dirigiese con el seudônimo de Manuel Olivares, y fué el caso que una de las cartas de mi señora, en que me hablaba de los sude mi señora, en que me habiaba de los su-cesos de la .revolución, llegó a Lota con el sobre escrito para Manuel Olivares, que era el nombre del comandante de las fuerzas re-sidente en Lota. La carta le fué llevada a él y en el interior mi señora incurrió en la inadvertencia de dirigirla a Abdón Cifuentes, razón por la cual el tal Manuel Olivares creyó que en ello había gato encerrado y ex-pió el momento de mi llegada a Lota para llevarme preso ... Al volver a Concepción, señor Obispo Labarca, que había sido mi disseñor Obispo Labarca, que había sido mi dis-cípulo en el Colegio de San Luis, fué a ver-ne y al encontrarme todo entrapajado por las heridas que había recibido en mi acci-dente de las laderas de Chillán suplicó al Intendente que me dejase libre para curar-me en su propia casa, a lo oue el In*ondente accedió. Pero en la noche un señor Navarro, que también había sido mi alumno y que vique también había sido mi alumno y que vi-vía en casa del Intendente, vino a decirme que procurase escaparme si era posible esa mis noche, porque el Intendente estaba arre-pentido de haberme dejado en libertad y pensaba prenderme de nuevo al día siguien-te... El señor Obispo, con una gran comi-El señor Obispo, con una gran comi-de sacerdotes, pensaba dirigirse al día tiva de sacerdotes, nensaba dirigirse al día siguiente a unas grandes fiestas que se celebran todos los años en honor de San Sebastián. en Yumbel, y vo pretesté ir en su compañía. En la mañana siguiente iba yo contoda la comitiva para tomar el tren a Yumbel y encontramos en la estación al señor Intendente acompañado del comandante de policía. El Intendente me preguntó: "—¿A dónde se dirige usted, señor?" "—Voy a acompañar al señor Obispo a las flestas de San Señar al señor y señor?" fiar al señor Obispo a las flestas de San Se-bastián, flestas que he ofdo celebrar mucho y que no conozco". El Intendente guardo silencio por un momento, diciendo al fin: "Bue-no, señor, pero usted volverá a Concepción." "Es natural", contesté, y me dejó partir.

Pero vo, que conocía su orden de anlicarmo cien palos, y que sabía que había hecho azo-tar a muchos otros caballeros de Concepción, me dirigí a Talca en vez de Yumbel, donde había pensado esconderme; pero no pudiendo

realizario por varios inconvenientes, alojé esa noche en casa del párroco, de quien era muy amigo, y al día siguiente me dirigí a Santia-go con la determinación no de llegar a esta ciudad sin detenerme en Buin e ir a pedirle go con a santa a cata de la cata el expreso, a Concepción para traerme. Ape-nas llegó a Concepción, se dirigió en el acto a casa del señor Obispo, donde le dijeron que en la mañana me había ido a Yumbel, lo que fué para ella una contrariedad inesperada. En fué para ella una contrariedad inesperada. En seguida marchó entonces a casa de un señor Risopatrón, donde yo había dormido la noche precedente, y allí se le dijo, secretamente, que yo no había ido a Yumbel sino que había ido a esconderme en Talca, en el fundo de una sobrina mía. Al día siguiente mi secunda en a sobrina mía. Al día siguiente mi secunda en a sobrina mía. de una sobrina mía. Al día siguiente mi señora, muy de madrugada, tomaba el expreso para Talca creyéndome encontrar en casa del párraco, que era nuestro amigo. Este estaba ausente y le reemplazaba otro sacerdote, a quien mi señora preguntó por mí. El sacerdote la tomó por espía y en vez de darle noticias ninguna de mí, le dijo que ese caballero residía en Santiago y que extrañaba que lo buscara en Talca. Como a todas las preguntas de mí señora el sacerdote respondiese con evasívas, mí señora le dijo: "—Comprendo, señor, que usted me está tomando por espía, pero yo sé que el cura don José Luis Espía, pero yo sé que el cura don José Luis Es do, senor, que usted me esta tomando por es-pía, pero yo sé que el cura don José Luis Es-pínola tiene aqui una sirvienta antigua, y me conoce mucho. Tenga la bondad de llamarla para que ella certinque quién soy yo". Así lo hizo y la sirvienta, al reconocerla, muy cari-ñosamente, disipó las prevenciones del sacerdote, el cual, entonces, la invitó a descansar por aquella noche, diciéndole que en la mañana me había dirigido a Santiago, cosa que mi señora deploraba profundamente, porque temía que en Santiago me tomasen preso. Al día siguiente ella regresó a Santiago en mi busca y en mi casa supo que yo estaba en Santa Rita... En ese aslio estuve más de dos meses y allí pude ver cómo los labradores pa-saban escondidos en los cerros huyendo de las saban escondidos en los cerros huyendo de las tropas que los perseguía y los cazaba como animales para enrolarlos en el Ejército del Gobierno; pude ver cómo los soldados los detenían por la fuerza en los caminos y cómo los sacaban violentamente de sus viviendas, los amarraban y los conducían así al pueblo de Buin para traerlo por la fuerza a los cuarteles de Santiago. Estas cacerías de hombres en los campos me inspiraron horror. Daba en los campos me inspiraron horror. Daba compasión ver algunos labriegos escapar con sus mujeres y sus hijos para esconderse en los bosques y entre los cerros, a donde el se-

nor don Domingo Fernández, en su inagota-ole caridad, les hacía llevar alimentos y abri-go. Son incontables las tragedias domésticas que padecian esos campesinos... La familia del señor Fernandez y de su hermano don Pedro regresaron a Santiago pasadas las vacadro regresaron a Santiago pasadas las vacaciones, quecando yo solo con el señor don Domingo. Un buen día del mes de abril, en que
ilovia torrencialmente, estábamos almorzando como a las 11 de la mañana y se nos
apareció de repente mi señora, bastante empapada por la lluvia: iba desolada a avisarnos que tarde de la noche precedente una senora Alduñate de Wuag había ido a mi casa
de Santiago a decirle: "Acabo de ver en la
Intendencia la orden dada a Ciriaco Contreras para que con veinticinco hombres vavas. ras para que con veinticinco hombres vaya a tomar preso a su marido, don Abdón Cifuen-tes, en Santa Rita". En consecuencia, mi mu-jer tomó el primer tren para Buin, en el cual iba efectivamente la tropa, la que, al bajar el ina efectivamente la tropa, la que, al bajar el tren, se dirigió a la casa del gobernador y mi mujer, en un coche a mata caballos, se dirigía a Santa Rita, a darnos el aviso. Por supuesto que mi mujer volvió a Santiago por el mismo camino que había llegado y yo con el señor Fernández nos pusimos en salvo por otro camino.

La hora avanza: afuera se ha obscurecido casi completamente. El cielo aún conserva los últimos reflejos del crepúsculo. La voz de don Abdón ha callado. Antes de despedirnos, le hacemos nuestra última pregunta:

-¿Qué periódicos ha fundado y en cuáles ha colaborado?

ha colaborado?

—He colaborado y he contribuído a la fundación de "La Revista Católica", El Conservador", El Bien Público", "El Independiente", "El 12 de Febrero", de San Felipe; "El Amigo del País", de Copiapó; la revista "La Estrella de Chile", "El Artesano", de Talca, "El Carlos Walker", de Rancagua; "El Conservador", de Linares; "La Libertad Católica", de Concepción; "El Llanquihue", de Puerto Montt; "La Unión", de Valparaíso, —¡Y sociedades?
—Siendo estudiante de filosofía fundé la

Montt; "La Unión", de Valparaiso.

—¿Y sociedades?
—Siendo estudiante de filosofía fundé la "Sociedad Literaria de San Luis" y fuí su presidente; después fundé la "Sociedad Literaria" y la Biblioteca de San Felipe; el año 67 fundé la "Sociedad de Amigos del País"; el año 83 la "Unión Católica", por orden del Obispo señor Larraín, de la cual fuí presidente cuatro años y que dió origen a muchos círculos católicos para la juventud y para los obercos; la "Sociedad del Independiente"; la Universidad Católica de Santiago, fundada en 1888.. Pero, más que todo esto, puedo felicitarme de mis campañas en favor de la libertad de enseñanza, de la libertad de asociación, de las libertades municipales y de otras libertades públicas que me han sido muy caras. Mis primeros artículos, publicados el año 64, fueron dedicados a la libertado de enseñanza. Y a los diez años de haber comenzado mi campaña, conseguí que en la Constitución se consignasen estas dos libertades: la libertad de enseñanza.

oup aven



ne die

a solpes in an occasi